

# PISO COMPARTIDO

Charlotte Wallace



PISO  
COMPARTIDO  
Charlotte Wallace

Piso  
compartido



Piso  
compartido

Charlotte Wallace

Primera edición: julio 2017

© Derechos de edición reservados.

[www.charlotte-wallace.blogspot.com](http://www.charlotte-wallace.blogspot.com)

@Charlotte Wallace

© Charlotte Wallace

Diseño de cubierta y maquetación: © Charlotte Wallace

ISBN: 9781521930632

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográfico) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Ten fe ciega, no en tu capacidad para el triunfo,  
sino en el ardor con que lo deseas.*

Horacio Quiroga

## 1. ENRICO

—PERO, ¿por qué tengo que ser yo?

—Porque eres el más indicado para hacerlo.

—Que se encargue Nico. O mejor aún, Salvador. A Nicolai se le da muy bien ese tipo de trabajitos.

—He dicho que lo harás tú y no hay nada más que discutir.

—Pero padre, yo...—dejó inconclusa la frase en cuanto vio que su padre se levantaba rápido del sillón.

—¡Enrico!—su fuerte voz infundía respeto cada vez que pronunciaba

un nombre—Irás tú, te comportarás como una persona normal, compartirás el piso con ellos y conseguirás lo que necesito. Y cuando llegue el momento ya te diré yo lo que tendrás que hacer. ¿Entendido?

—Entendido, padre.

Enrico asintió a la vez con la cabeza y se giró para dirigirse a la puerta del salón. Mientras avanzaba escuchó cómo el sillón de piel recibía de nuevo a su dueño. Era consciente de que solo él podía extralimitarse algo con el señor Vaccarezza, pero un poco nada más. De haber sido otro el que le hubiera contestado de aquella manera, el asunto no habría terminado tan bien.

En el hall de entrada le esperaba Nico, apoyado en una de las columnas de mármol y con las piernas cruzadas.

—Te dije que perdías el tiempo, cuando tu padre decide algo, de nada sirve que digas nada—dijo con una media sonrisa cuando Enrico estaba a un par de metros de él.

—Lo sé, pero debía intentarlo.

—Tampoco es el fin del mundo. Un trabajo sencillo, serán como unas vacaciones para ti.

—¿Vacaciones?—Enrico miró fijamente a Nico—tengo que irme a vivir de alquiler en un barrio de clase media, y encima compartirlo con tres personas más... ¿Eso son vacaciones para ti?

—Vamos, Rico, tampoco te vendrá mal que vivas una temporada con la gente normal. Seguro que aprenderás muchas cosas. Además, recuerda que tú tienes parte de culpa en todo esto, así que ahora no te quejes.

—¡No me jodas, Nico!

—Será mejor que te lo tomes con filosofía, de todos modos tendrás que hacerlo—dijo con ironía—Tu padre lo tiene todo preparado. Las cosas están en el coche. Cámbiate de ropa y por el camino te explico los detalles.

\* \* \*

—¡Nico!—gritó desde la planta superior. El reclamado cerró los ojos y suspiró profundo antes de subir a ver qué le pasaba al chico.—¿En serio tengo que ir con esta pinta?

Cuando Nico entró en la habitación vio a Rico sosteniendo en cada mano una percha con ropa, unos vaqueros y una camisa de cuadros.

—Tienes que entender que no puedes ser un tío que se va a compartir piso y que vista con trajes de Armani todos los días.

—¿Y por qué no?

—Porque no tiene sentido, tienes que hacerte pasar por una persona de a pie de calle. Lo sabes, así que deja de comportarte como un niño pequeño y vámonos ya, al final se nos hará tarde.

—¡Dios! Está bien, me pongo estos harapos y nos largamos.

—Te espero abajo, no tardes.

—Vale, vale, que ya voy.

Veinte minutos después Nico vio como aparecía Enrico por la parte de arriba de las escaleras. «¡Será capullo! Le queda mejor esta ropa que esos trajes de pijo que se pone», masculló en voz baja mientras bajaba.

—Estoy listo—dijo dando una vuelta sobre sí mismo para mostrarle a Nico el resultado de su transformación.

—Estás muy guapo, Rico—contestó a la vez que soltaba una gran risotada.

—Lo sé.

Fuera esperaba el coche de Nico, un cuidado Opel Calibra en color negro metalizado al que trataba como si fuese parte de su familia.

—¿En tu coche?—preguntó Enrico—¿Por qué no vamos en el mío?

—Porque...—Nico suspiró de nuevo—. Así vestido no pega nada en absoluto que salgas de un Ferrari.

—Muy gracioso, hoy estás muy gracioso.

A los diez minutos de viaje en silencio y con la única compañía de un disco de Neil Diamond, Nico tomó de nuevo la palabra.

—Compartirás piso con esas tres personas, consigue la información cuanto antes. Ponte las pilas y no te duermas en los laureles. Sé profesional,

¿entendido?

—Tranquilo, tío. Sabes que lo hago todo bien.

—Eso espero, o tu padre se mosqueará mucho.

—No te preocupes, de verdad—hizo una pausa para sacar pecho—Ya me conoces con las mujeres, ninguna se me resiste.

—Más te vale—dijo Nico moviendo la cabeza levemente—Trabajas como programador de aplicaciones para móviles en la empresa Tecno-Six, y llevas trabajando ahí desde hace tres meses, ¿de acuerdo?

—Bueno, preferiría otra tapadera, algo con más glamur, pero en fin, tú mandas.

—Intenta hablar lo justo acerca del trabajo. Evita el tema y cambia de conversación en cuanto puedas.

—Evadir tema. Tomo nota.

—Intenta ser educado y comportarte como una persona normal.

—¿Qué? ¿Qué insinúas?

—No insinúo nada, solo digo que no te comportes como siempre.

—Ah, y según tú, ¿cómo me comporto siempre?

—Como un capullo, Rico, como un capullo.

—Un día de estos me voy a hartar de tus desconsideraciones, y entonces...

—Y entonces nada—dijo Nico poniéndose serio y lanzando su mirada “atravesada”, como solía decir Enrico.

—¿Has pensado ya a qué vas a dedicar esas horas en las que tienes que estar fuera?

—¿Qué quieres decir?—preguntó extrañado.

—Hablo de las cuatro horas en las que se supone que estarás trabajando.

—Ah, pues había pensado buscar algún gimnasio por allí y al menos aprovecho el tiempo.

—Pero que sea alejado del barrio, no te arriesgues a que te descubran, ¿vale?

—No te preocupes.

Enrico iba mirando por la ventanilla del coche durante buena parte del trayecto que le llevaría a su nuevo barrio, a su nuevo “hogar”. Nunca le agradó demasiado aquella ciudad, de hecho, no le gustaba ninguna. Prefería vivir en la gran casa familiar, apartada de todo, o en su defecto, en la bonita

casa de la playa.

Por fin llegaron al que sería su nuevo vecindario. Parecía tranquilo, demasiado, y Enrico lo achacó a que no estaba en pleno centro sino en la periferia. Era un barrio de clase media, ocupado en su mayoría por trabajadores no cualificados y estudiantes.

Nico giró hacia una calle en la que rezaba un cartel de “sin salida”. Supuso que habían llegado. Detuvo el auto frente a un viejo edificio de ladrillo visto pero pintado de blanco, o más bien en un tono grisáceo por el paso del tiempo.

—¿Es aquí?—preguntó Enrico.

—Aquí es—le respondió Nico—Es ese edificio blanco, el del portón color burdeos.

—Esto es deprimente, de verdad.

—No sigas quejándote. Por más que lo hagas la situación no va a cambiar. Adapta te cuanto antes y todo será más fácil.

Enrico suspiró y abrió la puerta del coche. Nico hizo lo propio y se dirigió a la parte trasera del vehículo para abrir el maletero. Sacó una maleta de gran tamaño y algo raído y la dejó en la acera.

—Esa no es mi maleta.

—Ya empezamos de nuevo—le riñó Nico—. Ya lo hemos hablado antes, acostúmbrate a tu nuevo papel, y hazlo rápido. Tus maletas de Gucci no son bienvenidas en este barrio.

—¡Está bien!—refunfuñó Enrico—Lo había olvidado. Esto va a ser un infierno, tío.

—Sí, pero tú eres un machote—Nico le dio un golpecito en el brazo con el puño y le entregó un manojito de llaves—. Aquí tienes, es el 5ºB. Y lo que necesites, ya sabes mi número.

—Vale, colega—le devolvió el golpe a Nico y echó a caminar hacia la puerta tirando de la maleta—. Nos vemos.

Nico se despidió con un leve movimiento de su mano y subió a su coche. En cuanto Enrico desapareció tras la puerta, arrancó el motor y se

marchó de allí.

El portón se cerró tras él. La entrada era más pequeña de lo que había imaginado, había varias puertas metálicas donde ponía *mantenimiento* y unas estrechas escaleras.

—¡Vamos! ¡No me jodas!—se dijo a sí mismo en voz alta—. ¡Maldita sea!

Miraba fijamente hacia las escaleras. No había nada más en aquella especie de habitáculo claustrofóbico. Era un viejo edificio sin ascensor, y Nico se lo había callado, y dijo 5ºB. Cinco plantas le separaban de su destino. A él y a su maleta.

Peldaño a peldaño se fue acercando a su planta. Más de una vez se congratuló de ser un fanático del ejercicio, el estar en forma y las innumerables horas de gimnasio le venían muy bien ahora.

Al llegar frente a la puerta cogió el llavero, advirtió que le quedaban tres llaves que aún no había usado. «¿Para qué será tanta llave?», pensó. «A saber cuál es la que abre».

Dejó que el azar hiciera su trabajo y tomó entre sus dedos la primera que pilló. La introdujo en la cerradura e intentó girarla. Error. «Seguro que será la última», se dijo. En ese instante alguien comenzó a abrir la puerta desde dentro.

—Ho... Hola—dijo Enrico mientras miraba descaradamente de arriba abajo a la preciosa mujer de pelo negro y muy largo, y con un cuerpo de infarto que tenía frente a él.

—Hola. Tú debes ser uno de mis nuevos compañeros de piso, ¿no?

—Eso creo. Me llamo Rico.

—Yo soy Susana—contestó ella mientras daba un paso adelante para dar los mismos dos besos que recibiría.

—Mucho gusto en conocerte, Susana.

—Lo mismo digo, Rico. Pasa—dijo pegando la espalda a la puerta para dejar un pequeño pasillo para que el chico entrara—. Aún no han llegado los

otros.

Enrico cogió sus cosas y entró pasando junto a Susana, tan cerca que sus cuerpos se rozaron, y todo ello sin quitarse los ojos de encima.

—¿Cuál es mi habitación?—preguntó deteniendo su avance y girando la cabeza hacia Susana.

—La que quieras. Yo he cogido esta primera de la izquierda, pero vamos, que no importa mucho, son la cuatro iguales—respondió sonriendo mientras cerraba la puerta tras de sí.

—Ah, vale, pues entonces esta misma—señaló la puerta de la habitación que había frente a la de Susana.

—Qué bien... así seré la primera persona que veas cada vez que salgas de tu cuarto—dijo ella con un tono tan meloso y lento que arrancó de Enrico una sonrisa de diablillo acompañada de una mirada devoradora.

—Es una buena forma de comenzar el día, ¿no?

—Siempre es mejorable, pero sí, lo es—contestó riendo a carcajadas—. Venga, ven, te voy a enseñar el resto del piso.

—De acuerdo. Ahora después desharé la maleta.

Susana enfiló el pasillo en dirección al salón, cuando el timbre de la puerta volvió a sonar.

## 2. SUSANA

—¿Y ESA PRISA? ¿A dónde vas tan acelerada?

—¿Es que no te lo había dicho?

—¿Decirme el qué?

—¡Ahí va, tía!, perdona, se me fue el santo al cielo entre una cosa y otra—dijo Susana terminando de coger sus cosas—. He encontrado un piso nuevo más cerca de aquí, y mucho más barato.

—¿También es compartido?

—Sí, con tres personas más—guiñó el ojo a su amiga.

—¿Y qué pasa con tus actuales compañeras de piso?

—Por lo que a mí respecta les pueden dar por culo a las dos. Hasta mañana, tía, ya te contaré cómo son mis nuevos compañeros, o compañeras.

—Hasta mañana, Susi.

Susana salió de la tienda a toda prisa en dirección al Café Glow. Allí se reuniría con el dueño del piso para recoger sus llaves y pagar el primer mes de alquiler. No quería llegar tarde y por eso iba arriesgando su integridad con aquellos zapatos y el paso ligero.

—Buenas tardes, señor Sánchez—dijo recuperando el aliento poco a poco—. Soy Susana, hablamos ayer por teléfono. Perdone el retraso, he venido lo más rápido que he podido.

—Buenas tardes—el anciano se levantó para saludarla y recibió de regalo dos sonoros besos en sus viejas y arrugadas mejillas—. No te preocupes, no tengo nada mejor que hacer. Es un placer conocerte.

—Muchas gracias, de veras. Siempre voy con prisa a todos lados, es como si me faltase tiempo para todo.

—Los jóvenes de hoy vais siempre así, no sé cómo no os da algo—dijo el señor Sánchez riendo—. ¿Te apetece tomar algo?

—Me temo que hoy llevo mucha prisa, se lo agradezco de verdad, pero no puedo. Eso sí, me apunto esa invitación para cualquier otro día—contestó sonriendo mientras ladeaba un poco a la izquierda la cabeza.

—Te tomo la palabra, Susana—el anciano metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un manojito de llaves que depositó sobre la mesa—. Hay cuatro llaves. Una para el portón del edificio, otra la del piso, una para el balcón y otra para acceder a la azotea. No me preguntes cual es cual porque lo cierto es que no lo recuerdo.

—No se preocupe, no son muchos intentos para acertar—dijo riendo la chica a la vez que sacaba de su bolso un sobre que entregó al viejo—. Aquí tiene lo acordado, el mes que empieza y el de fianza, ¿correcto?

—Muchas gracias, Susana—contestó sonriente el señor Sánchez—. ¿Conoces a alguno de tus futuros compañeros?

—No, los veré conforme vayamos llegando al piso, supongo. Espero que me caigan bien—sonrió picarona—. ¿Usted los conoce?

—Lo cierto es que salvo a Fabi, que vino a por las llaves esta mañana, a los dos chicos no los he visto. Uno de ellos envió ayer a un amigo a recoger las llaves, y al otro se las dejaré esta tarde en la inmobiliaria en la que trabaja.

—O sea, que mis compis de piso son una chica y dos chicos...—dijo levantándose despacio.

—Así es—el anciano se levantó para despedirse de su inquilina—. Suerte con la convivencia, y ya sabes, lo que necesites, tienes mi teléfono.

—Muchas gracias por todo, señor Sánchez.

Susana se alejó del Café tan rápido como llegó. El plan era sencillo y preciso, pero el tiempo para llevarlo a cabo era bastante limitado. Llegar a su ex piso, coger todas sus cosas y salir pitando antes de que llegase alguna de las otras.

Todo fue según lo planificado. Casi toda su ropa ya la dejó

convenientemente guardada en la maleta la noche anterior. En otra echó sin miramientos todos los cachivaches, joyas, adornos y complementos que tenía por toda la habitación, y corrió la cremallera hasta cerrarla bien. Cogió las maletas y se dirigió a la puerta. En el mueble del recibidor dejó sus llaves y una nota:

*«Intentaré recordar los pocos buenos momentos que pasé aquí. Que os vaya bien. Adiós. Susana»*

Escueto pero claro.

Era consciente de que cambiaba a un peor piso, más viejo, sin ascensor, sin tantas comodidades, pero compensaba el precio y la cercanía a su trabajo. No tendría que ir siempre con prisas y llegando tarde la mayoría de veces.

Al salir por la puerta del edificio se giró y miró hacia arriba buscando la ventana de su antigua habitación. Iba a echar de menos aquel cuarto, había pasado muy buenos momentos entre aquellas cuatro paredes.

Echó a caminar calle abajo hasta llegar a la parada de taxis, deslizando de forma cómoda las maletas por la acera. Eso de ponerles ruedas fue uno de los mejores inventos del ser humano. La parada estaba completa, así que se dirigió al primero de la fila y se agachó junto a la ventanilla para ver y ser vista por el taxista, el cual después de recrearse un momento con el escote de la chica, bajó rápido del auto para guardar sus maletas en el maletero.

—¿A dónde va usted, señorita?—dijo el taxista poniéndose al volante.

—Calle Marqués de Sade, 15.

El taxi arrancó y recorrió buena parte de la ciudad hasta llegar a su destino. Susana observaba los diferentes barrios por los que iban pasando, unos mejores, otros peores. En su mente algo le decía que no era buena idea aquella mudanza, por el simple hecho de que estaba completamente segura de que no encajaba nada con su nuevo vecindario.

Los veinte minutos de viaje transcurrieron volando entre mirar por la ventanilla con la vista perdida, el ruido de fondo de la radio del taxi, y la conversación que el taxista llevaba prácticamente él solo puesto que Susana

se dedicaba a mover afirmativamente la cabeza de vez en cuando y a soltar un sí entre medias. Su mente estaba en otra parte, en cómo serían sus nuevos compañeros de piso.

Con un “quédese el cambio” se despidió del amable taxista que le había traído y había dejado sus maletas junto al portal del viejo edificio pintado de blanco. Cuando el taxista se marchó sacó las llaves del bolso y se quedó un minuto mirando la fachada de aquel mamotreto de ladrillo blanco. Cogió una de las llaves y la introdujo en la cerradura para ver si había fortuna, pero no fue necesario, con un leve empujón la puerta se movió. «Qué suerte» fue lo primero que pensó.

—¡Mierda!—se le escapó en cuanto entró y recordó que no había ascensor.

«Debería haber quedado con alguien para que me acompañara», se dijo a sí misma cuando miró el primer tramo de escaleras. «Cinco plantas, y yo con dos maletas. Con suerte llegaré mañana».

Agarró por las asas aquellas pesadas cargas con ruedas y las puso a la par enfilando el primer escalón. Y comenzó a tirar de ellas. Las ruedecitas harían el resto del trabajo. Paso a paso, peldaño a peldaño.

Cada vez que miraba el número de planta a la que llegaba el mundo se le venía encima de pensar el tramo que aún faltaba. Hasta que llegó al tercero y comenzó a animarse con la perspectiva de conseguirlo antes de terminar el año. Llegó a la quinta planta antes de lo que ella misma había imaginado. «Menos mal que no tengo que hacer esto todos los días o me da algo».

Estaba frente a la puerta de su nuevo hogar. Era vieja, de madera, había perdido todo el brillo que se suponía alguna vez tuvo, y hasta tenía varios desconchones, seguramente debido a golpes o rozaduras. Ante el panorama que se le presentaba, Susana se hizo una idea de lo que encontraría en el interior.

Acertó a la primera con la llave, lo cual le arrancó otra sonrisa, estaba

deseosa de llegar y apartarse de sus maletas. Al abrir notó el silencio que reinaba allí.

—Hola. ¿Hay alguien?—gritó desde la entrada mientras tiraba de su carga hacia dentro.

«¡Bien!, soy la primera. ¡Puedo elegir habitación!» Ya estaba acostumbrada a los alquileres y a las mudanzas, y conocía muy bien las normas no escritas de la convivencia en pisos. Norma número uno: El primero que llega, elige cuarto.

La entrada era bastante estrecha aunque muy alargada, una especie de salita-pasillo con un recibidor de madera y un espejo con aspecto de tener muchos años. Al fondo una puerta doble con cristales y a ambos lados del corredor seis puertas, las de las habitaciones y las de los dos baños que tenía el piso.

Comenzó a abrir las puertas una por una. Las cuatro habitaciones eran exactamente idénticas, en tamaño, en una parca decoración y en las vistas a patios interiores. Se rio de sí misma al caer en la cuenta de que daba igual la que escogiera, así que a la mierda el privilegio de haber llegado en primer lugar. Al final optó por la primera de la izquierda.

Dejó sus cosas encima de la cama y fue a echar una ojeada por el resto del piso. Abrió con lentitud la puerta del salón, no fuese a sorprender a alguien durmiendo en el sofá. El salón llamó su atención, era de esos con la cocina integrada, solo separados por una barra, y era bastante amplio y muy bien decorado. Un gran sofá chaise-long de color blanco ocupaba buena parte de la estancia, y un televisor de grandes dimensiones descansaba en un moderno mueble del mismo color que el sofá. Todo muy bonito.

Se dirigió al gran ventanal que veía a un lado, por el que entraba una luz casi cegadora. Las puertas eran correderas y totalmente de cristal y daban a un balcón no muy grande pero suficiente para que se asomaran cuatro o cinco personas.

Las vistas no eran mejores desde allí, pero al menos se veía la luz del

día. Daba a la calle principal, por donde había entrado al edificio, y se veía parte del parque que había al final de la avenida. El edificio de enfrente era de nueva construcción, eso se notaba con solo el primer vistazo. Por un instante sintió envidia de no estar en aquel otro lugar.

Volvió a entrar, quería ver si los baños eran idénticos también, y cuando cogió el pomo de la puerta escuchó cómo alguien introducía una llave en la cerradura de la puerta de entrada. Se fue directamente a la entrada y miró por la mirilla. Acto seguido abrió la puerta.

### 3. MARTÍN

—Y BIEN, encaja con lo que está buscando, ¿no? —dijo Martín mientras se abotonaba la camisa permaneciendo de espaldas.

—Te dije que no me gusta que me llames de usted —respondió aquella mujer de cabellos rubios que estaba tumbada sobre la alfombra persa del salón.

—Perdona, siempre acostumbro a llamar de usted a los clientes, y tú eres uno de ellos.

—Y dime, ¿también les haces esto a todos tus clientes? —una mirada picarona acompañó al tono irreverente de sus palabras, lo que hizo que Martín se girase en dirección a la diosa desnuda que apoyaba los codos en el suelo y la barbilla en sus manos.

—Solo con las clientas hermosas, y créeme, no son muchas.

—Gracias por el piropo, señor asesor inmobiliario...

—Comienzo a pensar que no quieres comprar en realidad, que solo te interesa ver casas para usarme —dijo acercándose a ella y poniéndose en cuclillas frente a frente.

—No termino de ver la casa que busco, solo es eso —dijo incorporándose hasta quedar de rodillas—. Creo que tendré que ver alguna más...

—Dios... Eres un bombón...—sus ojos se posaban de forma inevitable sobre los firmes y redondeados pechos de aquella rubia explosiva—. Tu marido al final se va a mosquear y me meterás en un lío.

—No te preocupes por eso, no dejo nada a la improvisación, y además, ya sabe lo indecisa que puedo llegar a ser a la hora de elegir algo. Por eso me ha dado carta blanca para la búsqueda de casa.

—Está bien, mañana, si puedes, te enseñaré una hermosa mansión que hay a las afueras, y que creo que será lo que buscas.

—¿Mañana otro? —dejó escapar una carcajada—. Quiero decir, ¿otra mañana? Por mí de acuerdo, me lo paso muy pero que muy bien viendo

casas...

—Te recuerdo que mi trabajo depende de las ventas...

—Tranquilo, seguro que mañana me gusta mucho —sonreía como si fuese una niña traviesa.

—Venga, vámonos —dijo tendiéndole la blusa que acababa de recoger del suelo —. Tengo que recoger mis cosas de casa, hoy me mudo a otro barrio.

—¿Te marchas?

—No me marchó, solo cambio un piso por otro más económico. Como habrás podido observar, últimamente no se vende mucho.

—¿A qué barrio te vas? —preguntó curiosa.

—Sabes que no te lo voy a decir, así que no preguntes —Martín sonrió mientras miraba atento como aquella hermosa mujer iba haciendo un striptease a la inversa —. Venga, tenemos que irnos.

Una maleta y varios porta-trajes componían todo su equipaje. Jamás hubiera dejado aquel apartamento, pero la situación se complicaba y cada vez se hacían menos ventas, sobre todo desde que comenzó a circular el rumor de que era un gran comercial entre las maduritas de la ciudad. El día que cruzó la línea abrió una puerta que sería difícil de cerrar.

Era consciente de que tenía que revertir el rumbo de su vida o se iría todo al traste. En el fondo sabía que tarde o temprano aquellos escarceos le traerían problemas serios.

Bajó sus cosas y las metió en el maletero. Echó un último vistazo a la ventana de su hasta hacía poco hogar, y subió al coche.

Llegó algo más tarde de lo habitual a la inmobiliaria, aunque todos conocían el porqué de la razón.

—El retraso se deberá a que has conseguido cerrar la venta, ¿no? —preguntó Enrique con su típico tono burlesco.

—Pues no, listillo —contestó Martín—. Quiere ver la mansión de las afueras mañana.

—¡Eres mi ídolo! Si cerraras la mitad de ventas que piernas abres serías millonario ya.

Las risas invadieron la oficina a excepción del rincón donde se sentaba la única chica de la inmobiliaria. A ella no pareció hacerle mucha gracia aquel comentario jocosos. Tan solo se limitó a mirar de reojo a Martín en el camino que le llevaba a su mesa.

—Buenas, Lucía —dijo en un tono entre el cariño y la comprensión—. No les hagas caso, se comportan como críos.

—Paso de ellos, ya sé cómo son —contestó con una voz casi tan dulce como imperceptible.

—¿Han venido a traer unas llaves? —le preguntó a Lucía cambiando totalmente de tema.

—Sí, hace unas horas. Las he guardado en el primer cajón de tu archivador —respondió señalando a su mesa—. ¿Has captado una nueva vivienda para la cartera de inmuebles?

—No, corazón, son las llaves de mi nuevo piso. Me mudo esta misma noche.

—¿Te mudas?, ¿y eso?

—Necesito cambiar de aires, nada más —sonrió a Lucía mientras se sentaba a su mesa.

—¿También es secreto de estado su paradero?

—Lo es, pero me pensaré darte a ti sus coordenadas...

Lucía sintió que el pulso se le aceleraba, y por unos instantes se quedó muda, incapaz de articular unas cuantas palabras que sonaran coherentes. Finalmente reunió las que más acorde con la situación le parecieron:

—Sería un placer ser tu confidente —dijo sonriendo a la vez que se ruborizaba al analizar lo que acababa de decir.

Martín se limitó a sacar las llaves del cajón. Sabía desde hacía tiempo que aquella chica estaba loquita por él, y tal vez había llegado el momento de darle una oportunidad.

Ordenó un poco su mesa, agarró las llaves y se levantó para dirigirse a la salida. Al pasar al lado de Lucía le hizo un guiño y sonrió de nuevo,

sabedor de que era una batalla ganada.

Era el momento de conocer a sus compañeros de piso. Era la primera vez que iba a convivir con otras personas en el día a día. Esperaba acostumbrarse pronto, aunque sabía bien que le iba a costar algo de trabajo hacerlo.

Sería difícil que los demás fueran parecidos a él, no muchas personas son adictas al orden y a la limpieza. Eso lo sabía, al igual que se percataba que no lo iba a pasar bien. De todos modos, mantenía la esperanza.

Comenzaba a ponerse el sol por la línea del horizonte de los edificios más altos. No había caído en la cuenta de que aparcar por aquel barrio podría ser complicado. Y no era su intención dejar alejado su coche, aún a sabiendas de que no podía permitirse un garaje o un parking.

Sus pensamientos se tornaron algo más positivos cuando llegó a la calle del edificio y encontró una plaza en la misma puerta del mismo. Lo interpretó como una buena señal, al menos empezaba con buen pie su nueva andadura en la ciudad.

Cogió su maleta y sus trajes y entró al bloque. Cinco plantas. Había cambiado su precioso apartamento de lujo por un viejo piso compartido y sin ascensor. Suspiró de resignación y comenzó a subir las escaleras.

Poco después estaba frente a la puerta de su nueva residencia. Tocó el timbre antes de comenzar a buscar las llaves por los bolsillos de su chaqueta. Lo más probable era que sus nuevos compañeros ya se hubieran instalado. En ese instante comprendió que además de compartir vivienda también se tendría que conformar con la habitación que los demás no hubieran querido.

Encontró las llaves a la misma vez que comenzó a sonar la cerradura desde el interior. Una hermosa mujer abrió la puerta.

—Ho... Hola—dijo Martín algo descolocado por aquel ángel.

—¡Hola!—dijo Susana apoyándose sensualmente en la puerta—. Hoy parezco la portera...

#### 4. FABI

—MUCHAS gracias, tita, por hacerle un hueco en vuestro garaje.

—No tienes por qué darlas, Fabi. A nosotros no nos molesta. ¿Por qué no has buscado un garaje cerca del piso?

—Porque son carísimos y la beca no llega para tanto...

—Pues déjala en casa de tus padres, ¿no?

—En un principio lo pensé, tita, pero es que quiero tenerla más o menos cerca, seguro que algún que otro fin de semana necesito cogerla para desconectar de todo.

—Como mejor veas, Fabi, a nosotros no nos importa. Ahora cuando venga tu tío que te lleve al piso.

—No hace falta, tita, el bus para justo en frente.

—A tu tío no le importará.

—Ya lo sé, pero de verdad que no importa. Me voy ya y así no llego muy tarde, que el tito no sabemos cuándo llegará.

—Como quieras, cariño. Ya sabes que aquí nos tienes.

—Nos vemos pronto, tita —Fabi le dio un cariñoso abrazo—. Y gracias de nuevo.

Fabi se dirigió calle arriba hasta la parada del bus. Solo llevaba una pequeña mochila con unas cuantas cosas, una botella de agua y las llaves de su nuevo piso.

Por la mañana le había llegado el sms donde le comunica-ban que ya habían llegado sus maletas, por ello tendría que pasar primero por la empresa de transportes para recoger sus cosas. Por suerte solo estaba a tres o cuatro calles de su nuevo edificio.

No había nadie en cola en la oficina de transportes, así que fue un trámite rápido, recogió las maletas, sacó los tiradores y comenzó a tirar de ellas. «Qué gran idea lo de ponerles ruedas», pensó mientras se encaminaba hacia su destino.

Era la primera vez que iba a compartir piso con personas desconocidas. Hasta entonces siempre convivió con sus amigas de carrera, pero ahora que había decidido continuar estudiando un máster, se había quedado sola. Era consciente de que tendría que adaptarse a las manías de los nuevos compañeros y compañeras, así como ellos a las suyas. Tenía experiencia en compartir piso, lo que era nuevo para ella era que ahora también había chicos. El casero le dijo que serían dos chicos, una chica y ella.

Una experiencia más. Lo de convivir con hombres sí que iba a ser toda una aventura.

Decidió hacer una parada antes de llegar a su destino para tomar un café. Cuando estuvo en las inmediaciones del edificio puso toda su atención en localizar alguna cafetería cercana que fuera de su agrado. Pasó junto a dos que no le gustaron demasiado, eran más bien *baretos* para gente mayor que cafetería en sí.

Hasta que volvió la cabeza como si algo tirase de ella y la vio a lo lejos. Una fachada preciosa, de madera color rojo vino y con un gran ventanal que daba a la calle. Esa sí que tenía buena pinta. Se dirigió hacia la cafetería con decisión. Cuanto más cerca estaba, más le agradaba la visión de aquel establecimiento.

Cuando llegó cambió algo de opinión. La puerta era pequeña y además muy pesada. En apenas unos segundos estaba montando un espectáculo circense con la puerta, las maletas, su bolso y su abrigo.

Los clientes miraban con atención la escena, lo que hacía que Fabi se pusiera cada vez más nerviosa y que comenzaran a sonrojarse las mejillas.

—Déjeme que la ayude, señorita.

Fabi alzó la mirada y vio a un hombre frente a ella. Era un tipo alto y de complexión fuerte, de anchos hombros y fuertes brazos. La ausencia de cabello en su cabeza la compensaba con unos ojos azules impresionantes.

Con suma facilidad cogió las maletas y retuvo la puerta con un pie para que ella pudiera entrar.

—Muchas gracias, de verdad—Fabi se sonrojó aún más, haciendo que sus blancas mejillas tornaran muy atractivas para cualquiera.

—No ha sido nada, en serio.

Ambos se pusieron a buscar alguna mesa libre en el café. Solo había una y entonces se miraron de nuevo.

—Siéntese usted, señorita—dijo de forma amable aquel hombre—Yo me sentaré en la barra.

—No, por favor, si quiere podemos compartir la mesa. Es lo menos que puedo hacer por ayudarme.

—En ese caso acepto encantado—dijo con una gran sonrisa aquel hombre con algo de acento.

—Me llamo Fabi.

—Yo soy Nicolai, pero puedes llamarme Nico—se acercó a ella y le dio un par de besos antes de sacar una silla e invitarla a sentarse.

—No eres de aquí, ¿verdad?—dijo Fabi tomando un poco de atrevimiento—. Lo digo por tu acento...

—No y sí. Soy de Moscú, aunque llevo tanto tiempo aquí que tengo la impresión de ser uno más—reía con cara de cierta resignación que hizo sonreír a Fabi—. Tú tampoco eres de por aquí, por lo que veo.

—Pues no, y sí. Muy observador—Fabi seguía sonriendo, aquel tipo le caía bien, era simpático. Y guapo—. Soy de la otra punta del país, pero me mudo aquí para estudiar un máster.

—¿Estudiante? Lo imaginaba porque eres insultantemente joven y guapa como para estar trabajando ya...

—Gracias por el halago, ya no me considero muy joven que digamos. Vamos a dejarlo en que soy una de esas eternas estudiantes—se le escapó una pequeña carcajada que consiguió arrastrar a Nico también.

La conversación se hizo amena de principio a fin, hasta que Nico terminó su último sorbo de café.

—Bueno, Fabi, creo que es hora de que me vaya—dijo Nico levantándose y acercándose a ella para darle dos besos—. Ha sido un placer conocerte, y este rato que hemos pasado.

—Estoy de acuerdo contigo—Fabi se levantó para intercambiar besos—. Me ha encantado conocerte, Nico.

—Espero que volvamos a vernos pronto—dijo Nico con una encantadora sonrisa—. No, seguro que nos veremos pronto, estoy convencido de ello.

—Pues confío en el destino entonces...

—Prometido. Volveremos a cruzarnos, y entonces nos tomamos otro café o lo que tú quieras. Hasta pronto, Fabi.

—Hasta pronto, Nico.

Fabi terminó su café con tranquilidad. No había prisa, ya se había hecho a la idea de ser la última en llegar al piso, como solía ocurrir en la mayor parte de su vida.

El momento de comenzar una nueva aventura, una nueva vida, había llegado. Era hora de subir a su nuevo hogar y conocer a los que serían sus compañeros de piso.

No con poco esfuerzo consiguió subir las cinco plantas hasta que estuvo delante de la puerta y tocó el timbre. «Para qué sacar las llaves, debo ser la última.»

## 5. LA PRIMERA NOCHE

—¿QUÉ OS parece si pedimos comida para todos y así nos vamos conociendo en la cena?—dijo Susana en cuanto todos estuvieron en el salón—. Y después podríamos jugar al póker, por ejemplo. ¿Qué me decís?

—Lo de la comida me parece genial, mientras sea al chino, ligera y barata, lo de jugar al póker...—Fabi fue la primera en contestar—. No sé, nunca me gustó jugarme el poco dinero que tengo...

—Estoy con Fabi—añadió Martin levantando su brazo como si de una votación a mano alzada fuese.

—A mí me da igual, lo que decidáis me parecerá bien—Enrico se limitó a sonreír para afirmar.

—Sin apostar, Fabi, es solo por pasar el rato, divertimos un poco e ir

conociéndonos mejor—dijo Sonia con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Entonces todos de acuerdo? ¿Chino y póker para inaugurar nuestro pisito?

Todos asintieron y Susana se fue un momento a su habitación. Al poco regresó con un buen puñado de flyers de todo tipo de restaurantes con comida para llevar. Seleccionó todos aquellos que eran de comida asiática y los dejó sobre la mesa del salón para que sus compañeros eligiesen el lugar al que hacer el pedido.

Aquella primera noche lo pasaron en grande, hablaron de sus trabajos, se metieron con sus jefes, se contaron anécdotas de sus vidas, rieron y jugaron hasta altas horas de la madrugada, sin pensar en que, salvo Fabi, el resto debía madrugar para llegar a tiempo a sus trabajos.

Intentaron consensuar un acuerdo para seguir ciertas normas de convivencia y horarios de limpieza, lo típico cuando se comparte vivienda, aunque todos daban por hecho que a la hora de la verdad casi nadie cumpliría aquellos acuerdos.

De aquel rato sacaron que a todos les gustaban las cosas claras, que Enrico aspiraba a ser un niño pijo, que Martin era un buenazo seductor, que Susana era un torbellino muy, muy liberal, y que Fabi era la estudiante modosa que pensaba que ya tendría tiempo en el futuro para la fiesta.

Enrico se dijo a sí mismo que no debía estar interpretando muy bien su papel cuando en un solo rato ya pensaban eso de él.

Fue una gran noche, pero lo que no sabían era que ya habían compartido anteriormente espacio y fecha...

## 6. LA LLAVE

—¡MALDITA sea! ¡Maldita sea!

—¿Qué pasa, Marco?—preguntó Enrico al ver cómo le cambiaba el rostro a su amigo.

—¡No lo entiendo, Rico! ¡Debería estar aquí!—contestó cada vez más nervioso—. La llevaba en el bolsillo, ¡mierda!

—Tranquilízate, vamos, busca despacio, igual la has guardado en otro bolsillo, o a lo mejor no la traías. No te pongas nervioso.

—¿Cómo no me voy a preocupar! ¡Es la llave de tu padre, Rico!—cada vez parecía más preocupado—. Te juro que cuando hemos entrado la he visto. La llevaba en este maldito bolsillo.

—Vamos a recordar lo que has hecho desde que entramos—dijo Enrico tratando de tranquilizar a su amigo—. Paso a paso, lugar a lugar. Y no olvides el más mínimo detalle.

—Está bien—respiró profundamente—. Al entrar tú te viniste a la mesa y yo te dije que iba primero al baño.

—Eso es. Continúa.

—En el pasillo me crucé con una tía que estaba buenísima. Una morena espectacular. Me sonrió y todo.

—Eso no interesa, Marco, venga.

—En el baño hice una meada, me lavé las manos y salí enseguida.

—Muy bien—Enrico extendió su brazo y tocó la mano de su amigo con tranquilidad—. Ahora ve al baño y mira bien por allí por si se te hubiera caído. ¿Vale? Y no te preocupes, seguro que aparece.

—De acuerdo, Rico. Vuelvo enseguida.

Enrico comenzaba a preocuparse, deseaba con todo su alma que apareciese esa llave, porque realmente no quería ni imaginar lo que haría su padre si ese pequeño trozo de metal se perdía o lo robaban. Más le valía a Marco que regresara a la mesa con la llave.

Desvió la vista hacia la barra en busca del barman. Su café ya se había terminado y comenzaba a sentir la necesidad de tomar algo más fuerte. No estaba en su puesto de trabajo, tan solo había un hombre joven, rubio, sentado por fuera de la barra. Iba vestido bastante elegante para la clientela que solía frecuentar aquel lugar, y además, si la vista no le engañaba, estaba tomando un Martini.

Advirtió que aquel joven miraba su reloj con asiduidad. Dedujo enseguida que esperaba a alguien, y por el traje que vestía debía ser algún representante o vendedor, y la persona a la que esperaba sería su cliente. A Enrico se le daba bien jugar a detectives, al igual que su padre, era muy observador.

Al poco, todas sus suposiciones fueron tomando cuerpo. Sonó el teléfono de aquel hombre, miró la pantalla, miró la hora en su reloj y tras tomarse unos segundos para terminar de un trago con su copa, atendió la llamada. Era evidente ya que su cita no iba a ir al local. La conversación duró poco, aquel tipo rubio pidió la cuenta amablemente al camarero, la pagó y salió de allí.

Enrico se quedó con las ganas de saber a quién esperaba y a qué se dedicaba. Dio un sorbo a su copa y mientras reflexionó acerca de por qué diablos seguía yendo a aquella cafetería: nunca había nadie, o casi nadie, y eso que cuando llegaron esa tarde había más clientela de la habitual. Contándose ellos dos y el camarero, seis personas. Todo un record. Y en apenas cinco minutos solo quedaban ellos, el barman y la chica solitaria de la mesa del fondo. No le llamaba mucho la atención, y estaba más que claro por los apuntes y los folios desparramados por la mesa, que era una estudiante.

Marco regresó a la mesa. Su rostro denotaba una gran preocupación, al sentarse tenía la vista fija en Enrico.

—Rico... no está, no está por allí—el sudor le cubría la frente—No encuentro esa maldita llave.

—Pues más vale que aparezca, colega... Vamos a tu casa a buscarla, tal vez te la dejaste allí—dijo mientras levantaba el brazo para llamar la atención del camarero—. La cuenta, por favor.

—La traía conmigo, Rico, juraría que la llevaba encima.

—Tranquilo, igual no recuerdas que la tienes en casa, así que vamos a buscarla.

El camarero se acercó con la cuenta. Rico sacó un billete y se lo entregó.

—Quédate con el cambio.

—Muchas gracias, señor—dijo el camarero con una gran sonrisa.

No tardaron mucho en llegar al apartamento de Marco. Lo pusieron todo patas arriba pero la llave no apareció.

—El coche—dijo Enrico—. Miremos en el coche, tal vez se te ha caído por allí.

—¡Dios! Rico, si no aparece soy hombre muerto—sus palabras despedían un miedo terrible—. Tu padre se va a enfadar, y mucho, Rico. ¡Me cago en la puta!

—Hazme el favor de tranquilizarte, ya verás cómo aparece esa dichosa llave, y no te preocupes, mi padre siempre entiende las cosas.

—Lo sé, pero tío, que me confió la llave a mí, y yo voy y ¡la pierdo!

Tras revolver cada rincón del apartamento volvieron al coche de Enrico. Ese día había llevado el Porsche, así que no había tantos sitios en los que buscar, si estaba por algún lugar del deportivo aparecería enseguida. Pero no apareció.

\* \* \*

—Rico, tu padre quiere verte, en su despacho, ahora.

—¡Venga ya, Nico! ¿En serio?—contestó Enrico mientras terminaba de ponerse el reloj de pulsera—. ¿No puede esperar?

—No, no puede, y yo de ti no lo haría esperar demasiado. Hoy no está de muy buen humor que digamos.

—¿Es por lo de Marco?

—No lo sé, pero yo diría que sí.

—¡Joder! Llamo a Kate y retraso la cita. Voy en un minuto.

—Que sea en treinta segundos. Te espero allí.

—Vale, voy enseguida.

Sabía a la perfección que se trataba de la llave y de su amigo Marco. Recorrió el pasillo que llevaba al despacho dando vueltas a la cabeza sobre qué sería lo que le iba a decir su padre. Nico estaba junto a la puerta, de pie y con las manos unidas por la espalda. No dijo nada, se limitó a abrirle la puerta para que entrara. Cuando estaba ya dentro oyó cómo la puerta volvía a cerrarse tras él. Avanzó unos cuantos pasos hasta quedar frente a la enorme mesa de roble tras la que se encontraba un hombre de mediana edad, pasados ya los cincuenta, que fumaba un cigarrillo mientras hojeaba unos papeles que tenía encima de la mesa.

—Buenos días, padre. ¿Querías verme?

—Sí. Enrico—dijo mientras daba una gran calada—. Siéntate, quiero hablar contigo de cierto asunto que comienza a preocuparme.

—Claro—Enrico se sentó frente a su padre. Los nervios comenzaban a ganar la batalla contra su tranquilidad—. ¿Qué ocurre, padre?

—Bien—hizo otra pausa para dar nuevamente una calada—. Como ya sabes, le di una cosa a Marco en confianza para que la guardara y protegiera.

—Lo sé. Una llave.

—¿Y sabes de qué es esa llave?

—La verdad es que no, pero sé que es importante para la empresa y para ti.

—Importante no, Enrico. Muy importante. De esa llave depende mi presente y tu futuro, hijo.

—¿Qué es esa llave, padre?

—Lo sabrás a su debido tiempo—su rostro se puso aún más serio que de costumbre—. Marco ha desaparecido.

—¿Qué?—no daba crédito a lo que acababa de oír—. ¿Cómo que ha

desaparecido? Ayer mismo estuve con él.

—A primera hora envié a buscarle. No estaba en su apartamento, ni en el bar, ni en ninguna parte. No lo han localizado, aún. ¿Sabes dónde podría estar?

—Lo dejé en casa después de tomar un café.

—Temo por él. Los muchachos me han dicho que todo el apartamento estaba revuelto, como si alguien hubiera estado buscando algo. No quisiera que le hubieran robado la llave.

—Padre, fue él quien lo revolvió—ahora sí que estaba preocupado de verdad— dijo que no encontraba la llave.

—¿Cómo?—gritó su padre con un evidente enfado—. ¿Qué quiere decir que no encontraba la llave?

—En la cafetería se dio cuenta de que no la llevaba. Él decía que seguro que la perdió allí, pero no apareció y fuimos a buscarla a su casa—cada vez tenía más y más miedo—. Seguro que aparece, padre.

—¿Aparece? ¿La llave o Marco?—bajó el tono de su voz, y eso era algo que a Enrico no le gustaba nada.

—La llave...y Marco.

—Eso espero—hizo una pausa bastante extensa—. Más le vale aparecer con la llave o será mejor que no aparezca.

—¿Qué quieres que haga, padre? ¿Cómo puedo ayudar?

—No harás nada hasta que yo te lo diga. Ahora solo quiero que le digas a Nico que localice a Gabriel y que lo traiga ante mí enseguida. Y puedes retirarte.

—Muy bien, padre. Ahora mismo—se levantó de forma apresurada y se dirigió a la puerta—. Hasta luego.

Abrió la puerta y al salir y cerrarla de nuevo, apoyó la espalda y la cabeza en ella y soltó un suspiro de alivio que pareció que le iba a dejar sin aire.

—¿Problemas, chaval?—dijo Nico en tono de burla.

—Padre dice que busques a Gabriel y lo traigas a casa cuanto antes—miró fijamente a Nico.

—¿A Gabriel?—el rostro de Nico cambió de repente—. ¿Qué diablos ha pasado, Rico?

—Busca a Gabriel y punto. Yo tengo una cita—echó a andar sin mirar atrás hacia la puerta de entrada, hasta salir de la mansión.

## 7. FABI A SOLAS

LLEVABA un buen rato despierta, pero esperó a no escuchar ningún sonido dentro del piso para levantarse. Todos se habían marchado ya a trabajar. El último en hacerlo fue Rico, lo reconoció porque salió del piso hablando por el móvil. Salió de la habitación y fue al baño para lavarse la cara. Quería ponerse a estudiar de momento, se había propuesto aprovechar bien la mañana.

Solo había pasado una hora desde que comenzó a estudiar y los ojos ya se le comenzaban a cerrar. «Esto es un horror... ¡qué pesadez!» Sin darse cuenta abandonó el estudio por completo y su mente se fue a decenas de cosas sin importancia. Cuando se dio cuenta, ya había perdido media hora de su tiempo de estudio. «Fabi, ¡céntrate!» se dijo a sí misma, «si es que es imposible, no puedo con esto»

—¡Me aburro!—gritó al aire

El silencio era lo único que rondaba en el piso. A veces era estupendo, otras, llegaba a agobiar. La soledad le hacía pensar en mil cosas que no venían a cuento, y si no conseguía controlarlo los estudios se resentirían. Tenía que cambiar el chip.

Se levantó del escritorio y salió de la habitación en dirección a la cocina. Sabía que estaba sola, pero sin embargo, iba andando casi de puntillas

y de forma silenciosa, notando en sus pies descalzos el frescor que despedían las baldosas. Era como cuando caminaba por el césped de casa de sus abuelos. Aquella sensación era maravillosa.

Al entrar en la cocina se dirigió directa a la nevera y cogió la botella de agua. Giró la cabeza hacia el armario de la cocina, pero pensó lo que pensó y decidió ser una chica maleducada por esa vez y prescindir de usar un vaso. Nadie le iba a decir nada por beber directamente de la botella. Sus compañeros de piso no se enterarían jamás, sería un secreto que se llevaría a la tumba con ella. Ese gracioso pensamiento mientras bebía le hizo sonreír y el agua se desbordó por la comisura de sus labios, lo que la llevó a reír más y sufrir un ataque de tos que desparramó agua por todas partes.

Tosía y reía mientras observaba la que había liado. El suelo estaba lleno de agua, sus pies sobre el charco, la camiseta empapada a la altura de sus pechos y parte de su pantalón también se había mojado. Notaba el frescor del agua por casi todo su cuerpo, y por ello se dio prisa en fregarlo todo e ir a cambiarse de ropa a su habitación.

Al quitarse la camiseta vio que hasta el sujetador se había calado en buena parte, así que fue fuera también. Se quedó mirando su cuerpo semidesnudo frente al espejo. Hacía mucho tiempo que no estaba demasiado satisfecha con su cuerpo, pero ese día en concreto se gustaba bastante a sí misma. La piel comenzó a ponerse de gallina y los pezones comenzaron a ponerse ligeramente erectos.

Un escalofrío la devolvió al mundo y dejó de observarse. Abrió el armario, cogió la primera camiseta que alcanzó con la mano y se la puso rápido. Era algo más pequeña que la que llevaba, seguramente tenía varios años, y cuando cerró la puerta y el espejo le devolvió de nuevo su imagen, vio que se le seguían marcando los pezones.

La situación le hizo sonreír, más que por haberse puesto una camiseta de cuando el instituto, por no haberse acordado de ponerse primero otro sujetador. «Tanto estudio me está haciendo perder la cabeza», pensó mientras le daban ganas de echarse a reír.

Ese pensamiento le hizo recordar que debía volver al estudio. Se dejó caer en la cama con desgana, no le apetecía nada ponerse a estudiar. Y al mirar hacia lo alto del armario divisó una caja de color negro. No recordaba haberla puesto ahí, no era el mejor lugar para guardarla.

Aquel día regresó a su mente. Fue el regalo de cumpleaños que le hicieron sus antiguas compañeras de piso. Se alegró al pensar en lo locas que estaban y en los buenos ratos de diversión que compartieron juntas. Y aquel regalo...

Se levantó de un salto y se puso de puntillas para alcanzar la caja y regresar con ella a la cama. Su corazón comenzó a acelerarse, se estaba poniendo algo nerviosa, las manos le sudaban. Y pese a que no había nadie mirándola, notó cómo sus mejillas comenzaron a ruborizarse.

Rememoró aquel momento en la cafetería. Ella a punto de levantarse para comenzar a despedirse y Laura sacando una bolsa de color rosa que contenía el regalo que le habían comprado entre todas.

—Chicas... no teníais que comprarme nada—dijo emocionada.

—Venga, déjate de tonterías y ábrelo ya—le contestó Laura con una sonrisa de oreja a oreja.

No tuvo más remedio que sacarlo rápido de la bolsa, arrancar el papel de regalo y abrir aquella caja negra que tenía en sus manos. Y lo que había dentro la dejó perpleja.

—Ya os vale, chicas...—Fabi intentaba hacerse cada vez más pequeña intentando desaparecer de aquella situación, pero lo único que conseguía era enrojecerse por segundos.

—Bueno, enséñalo ya, ¿no?—comentó a gritos alguna de ellas.

—Y deberías probarlo, no sea que venga defectuoso...—las chicas seguían con sus bromas—. O que te quede pequeño...

Fabi estaba tan colorada que parecía una chiquilla pequeña. Suspiró,

miró a sus amigas y se tornó decidida a abrir la caja y pasar el mal rato cuanto antes. Sacó su regalo y lo puso en la mesa. Las risas y las bromas aumentaron aún más, llamando la atención de la práctica totalidad de la cafetería.

Allí estaba aquel consolador de tamaño más que considerable. Si era una fiel réplica, el modelo para el molde tenía que estar para verlo. Y las bromas continuaban.

—Solo puedo decirles que muchas gracias chicas—dijo Fabi riendo—lo voy a disfrutar a vuestra salud...

Sin duda fue una tarde para recordar siempre. Su mente volvió al presente y abrió la caja para observar de nuevo su viejo regalo. Oyó un portazo que hizo que cerrara la caja tan rápido como pudo y la metió debajo de la cama. Se quedó en silencio un buen rato hasta darse cuenta de que había sido en el piso de enfrente. Vaya susto.

Aún con su corazón acelerado se agachó para coger de nuevo la caja, y esta vez no tardó tanto en abrirla y tomar con la mano su regalo. Le sorprendió el tacto que tenía, no se parecía en nada a otras cosas de plástico que tenía. Lo giró, lo zarandó, lo sobó, palpando sus estrías, sus curvas, su extensión. Al fin y al cabo era su juguete, y con los juguetes solo se puede hacer una cosa, aunque a ella no le fueran demasiado esos juegos. Sin embargo, en aquel momento le atraía, le atraía demasiado.

Se sentía como una adolescente, comenzaba a sudar por la excitación que invadía su ser, incluso parecía sentirse nerviosa. Un escalofrío recorrió su espalda y aquel juguete se cayó de sus manos. Se quedó mirándolo sobre la cama. Observaba su color, su tamaño, su forma. Imaginaba qué clase de hombre podría tener algo parecido entre sus piernas. Fuerte y grande tenía que ser, sin duda.

Sus pezones continuaban duros, pero ya no era por el frío de antes, tenía un nudo en el estómago y su pubis parecía más caliente. Se dejó caer hacia atrás en la cama mientras cerraba los ojos y comenzaba a fantasear con

el chico perfecto.

Tenía en la mano izquierda el consolador, y mientras introdujo la derecha en los pantalones e inició una serie de caricias en la zona por encima de las braguitas negras con el borde rojo que tanto le gustaban. Pronto comenzó a sentir como se humedecían por la excitación del roce, lo que a su vez desencadenó que apretase con fuerza su mano izquierda, asida aún al juguete, sobre su pecho.

El ritmo y la fuerza de sus caricias fue aumentando poco a poco, metiendo parte de sus braguitas en su ser. El juguete, presionado por su mano, se había colocado estratégicamente entre sus pechos y apuntando hacia su boca, pero ella permanecía con los ojos cerrados y dedicando la mayor atención a su coño, apretando los dientes mientras el ardiente roce de la ropa interior la excitaba más y más hasta llegar de forma irremediable a un maravilloso orgasmo que se apagó entre sutiles gemidos.

Casi inconscientemente soltó su juguete de plástico, que no se movió lo más mínimo atrapado por sus pechos. Recogió sus tobillos hacia su trasero mientras levantaba las caderas para que sus manos, ahora libres, deslizaran el pantalón y las braguitas hasta sacarlos por abajo. Sus manos deshicieron el camino acariciando suavemente la excitada piel de Fabi hasta llegar al escondrijo donde la esperaba el clítoris para volver a ponerla al rojo vivo. Su respiración hacía que el consolador se moviera acompasado arriba y abajo. Posó suavemente sus caderas de nuevo en la cama y dirigió su mano en busca del juguete que le esperaba entre sus pechos.

Lo asió con decisión y lo deslizó de forma lenta por su vientre, esquivando el ombligo y zigzagueando lo fue acercando a su zona púbica hasta tenerlo a la entrada de su cueva. El solo contacto con sus labios la hizo estremecer, y al frotar el consolador con todo su sexo para lubricarlo bien, creyó que no aguantaría el segundo orgasmo ni un segundo más. Paró un instante para disfrutar el momento un poco más, pero al instante retomó su juego, su juguete estaba brillante y resbaladizo. Lo cogió con fuerza y lo situó frente a su sexo ya preparado para recibirlo en su interior, y con suavidad comenzó a apretar la punta del consolador contra su coño, y poco a poco fue

entrando todo.

Lo sacó, volvió a introducirlo, una y otra vez, más lento, más rápido, sintiendo como el placer la inundaba en lo más profundo de su ser, y así estuvo un buen rato hasta que un nuevo orgasmo la hizo temblar de placer, la dejó exhausta, rendida en la cama, y dejó caer el consolador al suelo quedando sumida en un relajado y profundo sueño. El estudio había sido bastante fructífero aquel día.

## 8. EL ARCÁNGEL

ERA CASI medianoche cuando aquel hombre llegó caminando al portón de entrada a la mansión. Alto, corte de pelo militar, traje y corbata, gabardina negra y guantes de cuero. No pasó desapercibido para los vigilantes de seguridad de la caseta de acceso.

—¿Necesita ayuda, señor?—preguntó con autoridad el joven vigilante.

—El señor Vaccarezza me espera—contestó muy serio sin mirarlo siquiera.

—¿Y usted es...?

—El arcángel.

—Y yo San Pedro, no te jode—dijo con sorna el muchacho mientras el visitante comenzaba a girarse hacía él de forma decidida.

—¡Pase usted!—el vigilante jefe se apresuró a salir de la caseta e interponerse entre los dos—. No le haga caso, señor, es nuevo y lleva apenas un par de semanas aquí. Disculpe su grosería, por favor.

El misterioso hombre miró por encima del hombro del vigilante más mayor y observó la cara de incredulidad del joven. No dijo nada, se giró de nuevo y echó a andar hasta ponerse a un palmo de la verja.

—¡Abre la puerta ya!—ordenó al joven el vigilante jefe, que esta vez no tardó en darse cuenta de que debía obedecer cuanto antes.

En unos minutos llegó a la entrada de la casa. Nico le esperaba a los pies de la escalinata de acceso al porche. Aquel hombre se acercó a él y le tendió la mano.

—Cuanto tiempo, Nico—saludó intentando sacar una especie de sonrisa aunque no lo consiguiera—. ¿Todo bien?

—Bastante bien, Gabriel—Nico sí sonrió—. Te veo como siempre, no has cambiado nada.

—Nunca me gustaron los cambios, lo sabes.

—No sé, tenía la esperanza de que hubiera ocurrido un milagro o algo así—le contestó con ironía Nico mientras comenzaba a subir los peldaños—. Vamos, el señor Vaccarezza te espera.

—Pues no le hagamos esperar—echó a andar a la par de Nico—. ¿Sabes por qué me ha llamado? Hacía mucho que no me reclamaba.

—Tengo mis suposiciones, pero no puedo asegurarte nada. Nos vamos a enterar muy pronto, supongo.

Nico recorrió el pasillo unos pasos por delante del invitado hasta llegar a la puerta doble del despacho. Cogió los pomos y empujó las dos puertas a la vez. Al fondo de la estancia se encontraba el señor Vaccarezza. Por norma general, Nico jamás habría abierto sin permiso, pero en esta ocasión tenía orden expresa de abrir y hacer pasar al invitado inmediatamente.

—Señor Vaccarezza, Gabriel ha llegado—dijo Nico mientras se hacía a un lado junto a la puerta y daba paso al invitado.

Gabriel avanzó con paso decidido hasta el final de la sala, a la mesa donde se encontraba el señor Vaccarezza. Nico lo siguió de cerca. Al llegar se detuvo y miró con detenimiento al elegante hombre trajeado que permanecía sentado mientras hablaba por teléfono y fumaba un habano con la vista perdida en la lámpara de la estancia.

Miró de reojo a los dos y con la mano que sostenía el puro les indicó que tomaran asiento. Nico permaneció de pie al lado de la mesa, Gabriel se sentó en uno de los dos sillones de piel que había frente a la mesa, colocó su pierna derecha sobre la rodilla izquierda y cruzó los dedos de las manos mientras observaba al jefe hablar por teléfono.

No prestaba mucha atención a la conversación que mantenía, pero por el tono de voz que adoptaba cada vez que era su turno, no estaba de buen humor. Un «hablamos» acabó con la charla de sopetón. Dejó el teléfono en la mesa y miró a Gabriel.

—¿Un mal día, señor Vaccarezza?—dijo con total seriedad en el rostro.

—No—respondió el jefe de forma seca y dejando correr unos segundos de silencio, continuó—. Más bien yo hablaría de situaciones no deseadas ni

esperadas.

—Y por eso necesita mi ayuda, ¿no?

—Así es, Gabriel—dio una profunda calada a su puro y al poco dejó escapar el humo por la nariz—. Es un asunto delicado y ya sé cómo trabajas.

—¿De qué se trata, señor? ¿Eliminación?

—Lo cierto es que aún no estoy seguro, Gabriel. Antes hay que hacer ciertas averiguaciones, espero que eso no sea un contratiempo para ti.

—En absoluto. Estoy capacitado para hacerme cargo.

—Lo sé. Por eso te he hecho llamar.

—Usted dirá, señor Vaccarezza.

—Hace unos días se perdió un objeto que es muy importante para mí—hizo una pequeña pausa para dar una nueva calada—. Necesito recuperarlo y puede que también haya que dar algún escarmiento.

—Sin ánimo de ofender, señor Vaccarezza...—dejó de hablar un instante para observar el rostro de su interlocutor hasta advertir un gesto de aprobación—. De esos detalles siempre se han encargado sus hombres.

—Cierto, Gabriel, pero ahora es un momento delicado, desde hace algún tiempo me están siguiendo de cerca. Están esperando a que cometa algún error, y mis hombres de confianza son de sobra conocidos. Y no pienso caer en ese error.

—Entiendo.

—Tan solo necesito que averigües su paradero y que lo organices todo para recuperarlo. El cómo, el cuándo y el quién del final de todo lo decidiré más adelante.

—Soy todo oído.

—Hace poco uno de mis hombres perdió un objeto muy valioso para mí. Quiero que descubras qué es lo que pasó, quién lo tiene, y que me informes de todo.

—¿Nada más, señor?

—Por el momento no, Gabriel. Me gustaría que del resto se encargase Enrico.

—¿Enrico?—preguntó Nico con cara de sorpresa

—Sí, Nicolai, ya va siendo hora de que sepa lo que será sentarse en este sillón—dejó escapar una casi imperceptible sonrisa—. Y yo no dejé caer mi culo aquí un buen día sin más. Tendrá que ganárselo.

El señor Vaccarezza dejó el puro en el cenicero de la mesa y abrió uno de los cajones que tenía a la derecha. De él sacó un sobre de tamaño A4 y lo depositó encima de la mesa. Con los dedos lo deslizó de forma lenta hacia Gabriel. Este se levantó del sillón, cogió el sobre y miró fijamente al jefe.

—No se preocupe, ¿fecha?

—Cuanto antes, Gabriel.

—Seré rápido, señor Vaccarezza.

—Te lo agradecería generosamente.

Gabriel se dio la vuelta, hizo un gesto con la cabeza para despedirse de Nico y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo cuando giraba el pomo, y sin darse la vuelta, preguntó:

—Una cosa más—dijo esperando unos instantes para proseguir—. ¿Tiene algo que ver con información?

—Todo, Gabriel. Tiene que ver todo—respondió el señor Vaccarezza.

## 9. UN PLACER INESPERADO

LA TARDE se estaba haciendo demasiado pesada, aquella montaña de apuntes y anotaciones se le estaba haciendo difícil de digerir, pese que el día estaba siendo bastante productivo. Fabi recostó su espalda sobre su silla giratoria y dio un par de vueltas mientras bostezaba y estiraba sus brazos hacia el techo. Miró hacia la estantería que había al lado de la ventana, la vista se le fue instintivamente hasta el portátil. «Menos mal que estaba roto —pensó—. O ahora mismo estaría enganchada a alguna de las redes sociales, o a todas, quién sabe». Regresó a su posición original y reanudó su estudio hasta que su teléfono sonó. Miró la pantalla y vio que era su amiga Sonia.

—Hola, Sonia, ¿qué tal lo llevas?

—...

—Venga ya—Fabi dejó escapar una sonrisa—. A mí me pasa lo mismo, pero ya verás cómo después te acuerdas de más cosas de lo que crees.

—...

—Sí, ya sé que tengo una cabeza grande, pero no siempre sirve.

Las dos chicas comenzaron a reírse de la ocurrencia de Fabi. Era una buena forma de liberar un poco de estrés después de estudiar tanto tiempo aquel aburrido tema.

—...

El ruido de la puerta principal al cerrarse la desvió de la conversación. Alguno de sus compañeros había regresado bastante antes de lo habitual. Afinó el oído a costa de lo que su amiga le comentaba por teléfono. Tacones. Era Susana.

—Ay, perdona, Sonia, ¿puedes repetirme la pregunta?

—...

—Ah, vale, es algo complicado al principio, pero creo que puedo resumirte más o menos en qué consiste.

Unos golpecitos suaves sonaron en su puerta, Fabi se giró con su silla y al abrirse un poco asomó medio rostro de Susana. Asintió con la cabeza para darle a entender que podía pasar. Abrió la puerta de par en par y se dirigió hasta la mesa de estudio. Esa tarde venía con una falda negra de ejecutiva y una camisa fina de color blanco, y claro está, aquellos zapatos rojos que tanto la enamoraban.

Susana se sentó entre Fabi y el escritorio, en una orilla de la mesa, poniendo el bolso a su lado y observando en silencio a su compañera estudiante. Con una señal le dijo que esperase un momento, y Susana afirmó con la cabeza.

Sus pies quedaron completamente en el aire y aprovechó para quitarse los zapatos y dejarlos descansar. Mientras tanto, Fabi se movía en la silla giratoria haciendo semicírculos, concentrada en la conversación telefónica. Susana observaba cómo no se quedaba quieta, unas veces cruzaba las piernas, otras las separaba, y mientras, seguía hablando de unas cosas que no parecían nada interesantes.

En un momento en que separó sus piernas Susana puso su pie sobre los muslos de Fabi. El juego de la silla se detuvo, y volvió a perder el hilo de la conversación mientras observaba la forma de mirarla que tenía en aquellos momentos su compañera de piso.

La primera vez que la vio pensó que era una chica muy atractiva, y ahora que la tenía tan cerca y lanzándole esa mirada tan provocadora, le parecía aún mucho más guapa, sobre todo porque destacaban sus grandes ojos azules. La situación comenzó a ser extraña, pero a la vez estaba cargada de erotismo. Fabi se sentía descolocada, no terminaba de ubicar la personalidad de su compañera.

Susana mostró una sonrisa tremendamente picarona y deslizó su pie por la parte interna del muslo de Fabi, internándose de forma peligrosa hacia su ingle y colándose un poco entre los shorts del pijama.

Fabi estaba allí, inmovilizada sin saber por qué razón, no sabía si sentía

pudor, enfado, deseo o atracción. Sabía que le gustaban los hombres, pero también reconocía que aquella situación comenzaba a gustarle, tal vez demasiado, y se dispuso a terminarla de la mejor forma posible.

—Susana...yo...

—Shhh...

Sus palabras dejaron de surgir de su boca cuando Susana puso dos dedos sobre sus labios para callarla, pero lo que de verdad la dejó muda fue sentir los deditos de sus pies rozando su intimidad, y al momento ya estaba presionando con el pie sobre los shorts. La respiración de Fabi comenzó a entrecortarse, a ser más agitada. Se dio cuenta de que Sonia seguía al otro lado del teléfono, continuaba hablando y hablando como si alguien le estuviera prestando atención, pero ya no era así, la mente y el cuerpo de Fabi estaban en otro lugar, mientras el pie de su compañera jugaba con su cada vez más húmedo sexo.

Susana se desabrochó los botones de la camisa uno a uno, la abrió y comenzó a deslizar una mano sobre el sujetador acariciando sus pechos mientras con la otra acariciaba sus muslos e iba subiendo la falda hasta las caderas, y Fabi se percató de que no llevaba ropa interior.

El juego al que la sometía con su pie continuó con más ritmo, y cuando Susana comenzó a hacerse lo mismo con su mano, cortó de forma súbita la llamada y las dos se miraron con lujuria unos largos segundos.

Dejó de tocarse para meter la mano en su bolso y sacar unas brillantes esposas que enseñó a Fabi, y ésta le contestó con una sonrisa. Bajó de la mesa muy rápido y se dirigió a su espalda, puso las manos sobre sus hombros y besó con suavidad su cuello. Fabi se estremeció y subió su camiseta hasta sacarla por la cabeza, y ese momento fue aprovechado por Susana para tomar sus muñecas y pasarlas por detrás del respaldo de la silla, colocándole las esposas e inmovilizándola. Giró la silla y la observó de frente.

—¿Sabes? Estás preciosa así, indefensa...—susurró Susana mientras Fabi no era capaz de articular palabra alguna.

Se sentó a horcajadas sobre ella y la besó en la boca muy lento, sus pechos se chocaron y se apretaron entre sí. Fabi aún lleva puesto el sujetador, pero ese pequeño detalle cambia en cuanto lo desabrocha por atrás y baja los tirantes y las copas. Vuelve a acariciar sus pechos, los besos se acaban por el momento y deja que su lengua pase por las aureolas y sus pezones erectos.

Fabi se dejaba llevar por aquellas placenteras sensaciones, permanecía con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Susana bajó de sus piernas y se fue inclinando a la vez que recorría con sus labios y su lengua el vientre de su presa hasta hundir su cabeza entre sus piernas, saboreando cada centímetro de piel de su víctima, haciéndola estremecer de placer con cada contacto sin que pueda zafarse de su secuestradora. Cuando su respiración se volvió más agitada, dejó de jugar con ella y se subió a ella de nuevo, esta vez para liberarla de las esposas.

Se bajó de sus piernas y tomando de una mano a Fabi la invitó a incorporarse, y cuando ésta lo hizo, cogió su otra mano y la dirigió con determinación por debajo de su falda. Fabi se dejó llevar y comprendió enseguida que su compañera deseaba que se uniera al juego de inmediato. No lo pensó un momento, no dudó un instante, se dejó arrastrar por el deseo que iba creciendo en ella poco a poco. A veces no se creía lo que estaba haciendo, pero su cuerpo había tomado el control y su cerebro ya no tenía autoridad ninguna en aquella habitación.

El contacto de la punta de sus dedos con la húmeda piel de la parte más secreta de Susana logró arrebatarse el primer gemido de la noche por parte de su compañera, que se lo agradeció dándole un beso apasionado donde sus lenguas jugaron a perseguirse la una a la otra.

Susana fue tirando de Fabi en dirección a la cama, y en cuanto llegó giró a su partenaire y con una mirada la invitó a tumbarse sobre las suaves sábanas, y entonces comenzó a terminar de desnudarse. Y lo hizo muy despacio, para desesperación de Fabi, en cuya mirada y la forma de morderse el labio inferior pudo advertir que la pasión ya se había apoderado por completo de ella. La mirada de Susana tampoco se quedaba atrás, desprendía

un brillo especial que le proporcionaba la imagen de verse desnuda junto a esa preciosa rubia en la cama, máxime cuando advirtió que intentaba desnudarse con cierta torpeza, lo que hizo escapar una sonrisa de sus labios: parecía que quería quitarse las braguitas antes que los shorts.

La ropa quedó desperdigada por toda la habitación y las dos chicas acabaron tumbadas sobre la cama, acariciándose por todos lados, recorriendo cada rincón de sus cuerpos con las yemas de sus dedos, dándose cálidos besos en la boca, saboreando cada centímetro de sus pieles. Estaban muy juntas, con las piernas entrelazadas a la altura de las cinturas, ambas sentían sus pechos presionándose entre sí, las manos recorriendo sus espaldas. Fue entonces cuando Susana tomó definitivamente las riendas y dejó de besar a su compañera en los labios para ir abarcando más terreno, primero su mejilla, seguido de su cuello, su hombro... para volver a su boca y repetir el trayecto un par de veces más hasta que ya no se detuvo y bajó hasta llegar a su pecho, bordeó con la lengua su aureola y al fin encontró el pezón erecto, que le correspondió volviéndose aún si cabe más tenso, y como si fuera el culpable de todo, la espalda de la chica se arqueó de placer e inclinó la cabeza hacia atrás cuando fue mordido con dulzura...

Las manos de las chicas siguieron recorriéndose por cada recoveco de sus cuerpos hasta casi llegar a la misma vez al ya ansiado tesoro. Sus sexos estaban uno frente al otro, húmedos, brillantes por la excitación, palpitando de placer y deseosos de ser tocados... Como si ambas estuvieran sincronizadas, sus dedos se deslizaron con maestría por el clítoris de la compañera, cada vez más juntas, los pechos rozándose, besándose con desesperación mientras los dedos seguían haciendo tan bien su trabajo.

En el momento en que Fabi llegaba casi al límite, Susana se separó de ella y sin miramiento alguno metió su cabeza entre las piernas de Fabi y comenzó a lamer su sexo, primero muy lento, después más rápido, dibujando círculos sobre el clítoris con la punta de su lengua, ni siquiera necesitaba usar sus manos, solo la lengua... deslizándose, entrando, saliendo... hasta que Susana subió de nuevo hasta la boca de Fabi y continuaron dándose placer la una a la otra con sus manos.

Fabi jamás imaginó que algo así la hiciera enloquecer de aquella manera. Comenzó a mover las caderas para acompañar el movimiento de quien estaba dándole tanto placer allí abajo, quería sentirla más profunda... suspiraba cada vez de forma más ruidosa, al igual que Susana, jugueteando con sus sexos, buscando la forma de hacer aquello aún más placentero.

El placer no tardó mucho en llegar para Fabi, derramándose en movimientos convulsos por todo su cuerpo, ritmos espasmódicos que indicaron a Susana que tenía que moverse con más rapidez. Todo acabó como las dos lo habían buscado. Suspiraron por fin, quedando abrazadas cuerpo con cuerpo con los ojos cerrados sobre la cama.

Solo cuando hubo pasado un rato, Susana miró a Fabi, y como si hubiese habido telepatía, su compañera abrió también los ojos y cruzaron las miradas. Las mejillas de la chica rubia comenzaron a colorearse de un rojo cálido.

—Perdona que te haya asaltado de esta forma—le dijo en voz baja Susana—Venía muy excitada y eras la única persona que había en el piso.

—No sabía que eras lesbiana...—le contestó Fabi de forma tímida y hablando aún más suave todavía, como con miedo a que alguien se enterase de lo que acababa de ocurrir—. Y tampoco que a mí me fuera a gustar, la verdad.

—Y no lo soy, cariño—con su mano apartó el mechón de cabello rubio que ocultaba uno de sus ojos—. Me encantan los hombres, pero hay veces que se disfruta más de la compañía femenina. Me alegra que te lo hayas pasado bien.

—Pues nadie lo diría, oye—le contestó Fabi acompañando sus palabras con una hermosa sonrisa cargada de satisfacción—. Sería capaz hasta de invitarte al baño que iba a darme.

—Muy tentador, la verdad, pero Martín estará a punto de llegar y paso de ponerme a dar explicaciones innecesarias—comenzó a reír mientras se incorporaba de la cama e iba recogiendo prendas del suelo—. Pero me lo dejo apuntado por si hay otra ocasión.

—Cada día me sorprendes más, Susana—acertó a decir Fabi mientras veía como su compañera salía completamente desnuda por la puerta de la

habitación abrazando su ropa contra su pecho.

—¡Que tengas un feliz baño, Fabi...!—le gritó desde el pasillo.

## 10. PESQUISAS

NICO acompañó a Gabriel hasta su coche. El invitado sacó del bolsillo de su chaqueta un paquete de cigarrillos y le ofreció a Nicolai. Este sacó dos de la cajetilla.

—Por lo que veo sabes bastante más que yo sobre el asunto—dijo Nico tendiéndole la cajetilla y el cigarro a la vez que sacaba su zippo—. El jefe te tiene en gran estima.

—Ahora no tanto—encendió su pitillo y le devolvió el mechero a su dueño—. Pero he trabajado en bastantes ocasiones para el señor Vaccarezza.

—Llevo toda la vida aquí y jamás había oído nada de una llave.

—Es mejor así, Nico. Créeme—dijo Gabriel dando una calada fuerte—. Aunque imagino que el jefe ahora te lo contará, eres de los pocos en quien confía.

—Eso espero.

—Hay algo que me descoloca.

—¿El qué?

—No entiendo por qué el tal Marco tenía en su poder la llave.

—Bueno, digamos que Marco es la mano derecha de Rico, y le habría confiado la llave poco después de que el señor Vaccarezza se la entregase.

—Ahora estoy más desconcertado aún... ¿El jefe lo sabía?

—Rico se lo consultó y estuvo de acuerdo.

—No es típico del señor Vaccarezza—sonrió más de lo acostumbrado por primera vez en el día—. Se estará haciendo mayor.

—Tal vez—Nico rio—. O eso, o se está ablandando.

—¿Dónde puedo localizar al tal Marco?

—No sabemos nada acerca de su paradero, desapareció al día siguiente. Puedo darte su dirección y los lugares que frecuentaba, pero si quieres más información tendrás que preguntar a Rico.

—¿Es posible que se la llevara él?

—Lo dudo, no es un ladrón, y mucho menos un valiente.

—Hablaré con Rico después. ¿Cuál es la dirección?

—Avenida Sastre número setenta y dos, el quinto B.

—Pasaré esta tarde a echar un vistazo.

—¿Qué tiene esa llave para armar este revuelo?

—No lo sé, y prefiero no saberlo, pero para el jefe es muy importante—  
dejó caer la colilla al suelo y abrió la puerta de su coche—. Nos vemos, Nico.  
—Hasta otra, Gabriel.

\* \* \*

Marco vivía en un bloque de apartamentos de lujo en el extrarradio noble de la ciudad. Gabriel aparcó varias calles atrás y fue dando un paseo hasta el edificio. Al entrar se detuvo frente a la mesa de la portería. Un hombre ya entrado en canas y convenientemente uniformado se irguió desde su silla.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, vengo de parte del señor Vaccarezza.

—Entiendo—su rostro tornó a serio y se agachó sobre la mesa para buscar una caja de madera de la que sacó unas llaves—. Quinto B. Si necesita algo, hágamelo saber.

—Gracias—Gabriel cogió las llaves y recorrió el pasillo hasta llegar a los ascensores del fondo. Entró al primero que se abrió y pulsó el número seis. Nunca se fiaba de nadie ni de nada.

Salió del ascensor al pasillo de la sexta planta. No había nadie y todo estaba en absoluto silencio. Se dirigió hacia las escaleras con sigilo. Algo le daba mala espina aquella tarde, y detuvo sus pasos al llegar al primer escalón que bajaba. Aguzó el oído por si se escuchaba algo. Nada. Bajó dando pasos silenciosos hasta llegar a la planta de abajo. Se oyó un ruido. Salió al pasillo y vio a alguien encapuchado frente a la puerta del ascensor. Saludó con la mano sin girarse, entró en cuanto abrió y comenzó a bajar. Gabriel no hizo nada, se limitó a esperar que se cerraran las puertas del ascensor y continuó pasillo adelante hacia el apartamento B.

La puerta estaba entreabierta. Gabriel metió la mano por detrás de su chaqueta y sacó la pistola de la funda de la cintura. Se acercó con mucho cuidado y prestó atención a cualquier ruido, pero no se oía nada. Giró la cabeza hacia el ascensor. «Mierda. Era él».

Empujó la puerta muy despacio. Todo estaba desordenado, por el suelo

había desparramado todo tipo de papeles, en su mayoría panfletos de comida a domicilio. Fue mirando despacio habitación por habitación, y cuando se cercioró de que no había nadie ya, entonces cerró la puerta de entrada y enfundó su arma. Se sentó en el cómodo chaise-long y sacó su móvil. Marcó el número del señor Vaccarezza.

—...

—Señor Vaccarezza, soy Gabriel.

—...

—Estoy en el apartamento de Marco. Alguien ha estado aquí.

—...

—Exacto. ¿Quién sabe lo de la llave?

—...

—Entiendo. Puede que no tenga nada que ver con esto. ¿Dónde dice que está?

—...

—Nos vemos.

Gabriel se levantó y fue hasta el dormitorio principal. Todo estaba revuelto, la ropa había sido sacada del armario y estaba sobre la cama; la mesita de noche volcada y el enorme cuadro que debía estar encima del cabecero de la cama, estaba apoyado sobre la pared. «Buscaban la caja fuerte, pero no han dado con ella. Después de todo, puede que sean simples aficionados», pensó.

Se acercó al cabecero y tiró de él con fuerza para separar la pesada cama de madera de la pared. Le costó bastante esfuerzo pero al final obtuvo su premio. Allí estaba. Volvió a sacar su móvil y marcó.

—...

—Buenas tardes, Enrico, soy Gabriel.

—...

—...Necesito la contraseña de la caja fuerte de Marco, ¿la sabes?

—...

—Ok, no te preocupes. ¿Estás en casa de tu padre?

—...

—Dile a Nico que lo necesito, y que traiga su maletín.

—...

—Ciao.

Salió a la terraza y se encendió un pitillo; Nico tardaría en llegar al menos una hora. Se asomó a la calle, estaba pensativo, su cabeza no paraba y no tenía muy claro cómo afrontar aquel asunto. Algo no encajaba en todo aquello. Una chispa lo iluminó.

Regresó al interior del apartamento y se dirigió al salón. La mesa de oficina estaba también desordenada, pero el portátil parecía permanecer intacto. Levantó la silla del suelo, la acercó y se sentó frente al ordenador. Lo abrió con cuidado y la pantalla se encendió, abandonó la inactividad para mostrar el escritorio. Una foto de Marco y Enrico acompañados de dos rubias era el salvapantallas. Abrió el navegador y buscó el historial de navegación.

Analizó las páginas en las que había entrado en los últimos días, una por una, buscando alguna información que fuera relevante y arrojara algo de luz.

Sintió algo de decepción al no encontrar nada de utilidad. Todo habría sido más sencillo si hubiera encontrado un rastro de agencias de viajes, o vuelos, o itinerarios de autobuses, pero no, no había nada más que visitas a redes sociales y páginas de pornografía. «Nada anormal», pensó.

## 11. BRISA FRESCA

ENRICO y Susana permanecían en el sofá viendo la televisión, eran los únicos que consiguieron vencer al sueño y decidieron quedarse hasta que terminase la película que emitían.

La noche era calurosa y poco a poco se fueron despojando de mucha de la ropa que llevaban, Enrico se quedó solo con los bóxer y Susana fue a su habitación y volvió con un camisón corto.

Enrico observó a Susana en el balcón, envuelta en un fino y escaso de tela camisón de seda que se mecía contra la brisa y nada más bajo él. A contraluz se mostraba su desnudez, su sonrisa y unos ojos que miraban al cielo. Enrico no pudo resistirse, sus instintos más animales comenzaban a aflorar y lo notaba en la gran erección que iba creciendo.

Se levantó y se acercó al balcón, la abrazó con fuerza bajo la suave luz de la luna, era imposible resistirse a tanta tentación. El frescor de la brisa acariciaba sus pieles. Sus manos traviesas apartaron la tela y dejaron al descubierto los hombros de Susana, sus firmes senos, en aquel balcón que daba a la calle.

—Rico, por favor, aquí no—protestó ella.

Rico sabía que aquella resistencia solo era parte del juego de la seducción que le estaba ofreciendo. Estaba hermosa, se sentía tan sexy con aquel fino camisón.

Llevaba tiempo pensando en ella, deseando llegar a casa para encontrarse con esa mujer que despertó todos sus instintos desde el primer momento en que la vio, los más escondidos, los más salvajes. Era un ángel, que en ese momento se veía divino con el camisón a merced del viento. Y estaba claro que le encantaba jugar...

—Rico...—volvió a reprocharle como parte de esa travesura de la que

ella misma se sabía dueña.

—Eres una preciosidad, ¿lo sabías?

—Rico, por favor—protestó nuevamente con seriedad en su rostro, pero sabiendo que por dentro estaba ardiendo, al igual que Enrico.

Enrico siguió lamiendo y mordiendo su cuello, haciendo caso omiso a sus quejas. Deslizó su mano hacía su sexo, que estaba ya totalmente húmedo de excitación.

Lo acarició con suavidad y todo su cuerpo se estremeció. Parecía un pajarillo en las garras de un halcón, pero se veía tan hermosa, tan cachonda y tan bella...

—Cielo—le dijo ella entre susurros—. Mejor nos vamos dentro, aquí en el balcón nos verán todos.

Él sabía que ella solo estaba diciéndole lo que quería oír, jugar con él a ser la chica buena, la avergonzada mujercita que se asusta por todo, pero por dentro era otra persona la que estaba reclamando. Era una fierecilla indomable pidiendo guerra.

—Preciosa... quiero hacértelo aquí, mientras te apoyo contra la barandilla – le susurró pícaramente en el oído.

Enrico percibió que aquella confesión la excitó de forma extrema, el escalofrío fue perceptible a través de sus dedos sobre la piel de ella. Y más aún al ver sus brillantes ojos y la sonrisa pícara que le mostró. Deslizó el camisón lentamente por sus hombros, hasta que la prenda suavemente fue a parar al suelo.

Aquel cuerpo moreno al desnudo se mostró hermoso ante la desafiante luna. Su silueta se percibió brillante ante aquella velada cargada de erotismo, y el frescor de la brisa quedaba apaciguado con el calor que los invadió.

—¿Qué haces, Rico? Me has dejado desnuda... —protestó Susana sin mucho afán.

—Bueno, que entonces seamos los dos—le contestó invitándola a que hiciera lo mismo con él.

Susana miró a todas partes, intentado adivinar cuantos ojos podrían estar siguiendo aquella arriesgada aventura en aquella noche clara. Pudieran ser cientos los que los divisaran desde la calle o en el edificio de enfrente.

Ella se mostró algo nerviosa, al igual que Enrico, y seguramente eso los mantuvo aún más excitados. Los dedos juguetones de Susana llegaron hasta el interior de los bóxer, sacando al exterior el miembro duro que ya apuntaba a la brillante luna.

Susana se aferró a él dulcemente y comenzó a masajearlo con la dulzura y el arte que solo ella sabía, logrando hacerle ronronear como un gatito. Y a él le encantaba mirarla, mientras ella continuaba con su labor de acariciar su sexo con aquella hábil mano, al tiempo que contemplaba su desnudez ante el mundo. Las manos de Enrico acariciaron sus senos, sus caderas, su culo, hasta fundirse en un largo abrazo y un apasionado beso.

Podría ser una locura, algo impensable en unas mentes juiciosas, pero a ambos les apetecía, buscaban el máximo placer en cada caricia. Estaban dispuestos a mostrar al mundo que sus cuerpos se compenetraban de forma única y que así era como mejor se sentían, como dos personas únicas en el mundo.

Las manos de ella trataron de deslizarse la ropa interior de Enrico, pero no dejó que lo hiciera, se las cogió con las suyas y la llevó hasta la baranda, donde la apoyó pegando su cuerpo al de ella. Volvió a besarle el cuello. Susana se estremeció, lo notó en su temblor y en sus ojos. Descendió beso a beso hasta sus senos y echó su cuerpo hacia atrás, por lo que tuvo que sujetarla por el temor a que cayera al vacío. Cinco pisos son muchos pisos.

Enrico sabía que Susana había perdido el control por completo, y también que a partir de ese momento se dejaría hacer todo cuanto él quisiera, y aprovechó ese instante. Siguió acariciando su sexo, explorando sus labios verticales, introduciendo sus dedos en su vagina y en su ano, mientras su

boca exploraba la suya o mordía su cuello, o bien lamía sus hombros desnudos. Susana aullaba excitada, completamente cachonda con los besos y caricias. Decidió entonces que llegó el momento de darle la vuelta y ponerla de espaldas a él, mirando a la calle, sabiendo que ya no le importaba que la viesen, ahora sólo le interesaba sentir placer, sentirle a él. Sus pechos colgaban desafiantes hacia la calle, ofreciéndolos a cualquier mirón.

Enrico pegó su cuerpo al suyo. Restregó su sexo erecto contra su culo y ella empujó hacia a él para sentirle más. Acarició sus nalgas. Estaba a mil y él se deshacía con los besos que aquella preciosa mujer le daba sin cesar. Sus manos se aferraron a sus senos. Los acarició, los masajéó, los veneró mientras acercaba la boca a su nuca y la besaba. Sus sexos se rozaron de forma continuada, sedientos de placer. Su respiración sonaba entrecortada y jadeante. Él podía ver que tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior... estaba disfrutando como loca.

Quería sentir la perfección de ese culo que se le ofrecía tan goloso; se despojé del bóxer, y al chocar contra sus glúteos, piel contra piel, se sintió poderoso, lleno de la energía que ella le transmitía a través de sus piel ya sudorosa.

Le restregó lascivamente el miembro contra su culo, mientras ella emitía pequeños jadeos y suspiros.

—¡Oh, cielo, como me pones!—susurró.

—Tú me vuelves loco, preciosa—tuvo que añadir él.

Sus sexos se frotaron sin cesar, embadurnándose mutuamente de sus humedades. Enrico disfrutó del calor que emanaba el sexo de ella, hasta que sin poder resistirlo más, dirigió el pene hasta la entrada, y muy suave, la penetró. Un suspiro escapó de su garganta y le pareció música celestial que le transportó a un hermoso escenario. La envolvió con su cuerpo, abrazándola muy despacio y al mismo tiempo con movimientos certeros de su pelvis, empezó a moverse dentro y fuera, sin dejar que se apartase de la barandilla. En pocos segundos ambos estaban gimiendo, excitados. La visión de sus pechos balanceándose hacia el vacío le embriagaba y no podía más que

cogerlos entre sus dedos sin dejar de penetrarla, y aprisionarla entre su cuerpo y la fría barandilla del balcón.

—¡Uhhh, me encanta!—suspiró.

—Eres tú, la que me está matando de placer, preciosa...

Empezó a empujar con fuerza, cada vez más excitado, percibiendo como su pene se hinchaba dentro de su vagina. Al sentir que sus músculos lo apretaban entre sus paredes, se sintió en la gloria, pero se dio cuenta de que si no se detenía se correría y necesitaba que ese momento durara aún más, quería que ella disfrutase como nunca. Por ello, ese instante debía ser largo, excitante y tortuoso.

Sacó el miembro de su cálido refugio y la giró hacia él, observando los ojos suplicantes de ardor de ella, una cara que era la expresión del placer. Acarició su mejilla, la envolvió en sus brazos y la llevó hacia el cristal de la puerta que se había cerrado tras ellos. La apoyó en ella y tapó su cuerpo desnudo con el suyo. Su miembro quedó justo entre sus piernas, ella las abrió dispuesta a recibirle de nuevo. Sin mayor dilación, se encajó entre ellas y de nuevo la penetró. Sus piernas lo atraparon contra ella al cruzarlas por detrás de su espalda.

Sonreía con picardía y esa mirada lo volvió loco, no pudo oponer resistencia por más tiempo. Empezó a empujar de nuevo, apretando su cuerpo contra el de ella. Sus brazos se aferraban con fuerza al cuello de Enrico y su boca se pegaba al oído de este dejándole oír sus jadeos y gemidos que le provocaron un placer inmenso. Él sintió que no podría resistir mucho si ella seguía apretándolo de esa manera y su lengua continuaba lamiendo su cuello como lo estaba haciendo. Empujó una y otra vez, y otra, y otra, cada vez con más fuerza, mientras las manos apresaban sus nalgas apretándolas con fuerza.

Su miembro se hinchaba, lo sentía; como también sentía las convulsiones de su vagina apretándolo. Sabía que se iba a correr, sus gemidos, sus jadeos, sus rápidos movimientos se lo anunciaban y se iban intensificando poco a poco hasta llegar al punto culminante en que todo su cuerpo explotó entre sus brazos. Su pene no resistió por más tiempo y el semen comenzó a brotar inundando su sexo.

Permanecieron un tiempo unidos, recuperándose de aquel placer que no parecía querer abandonar sus cuerpos. Miraron hacia la calle y sonrieron, sabedores de que aquella placentera travesura era el final perfecto para la película de la noche.

Ahora tocaba descansar, en unas horas esperaba un día de trabajo.

## **12. LA CAJA FUERTE**

LLAMARON a la puerta. Gabriel se sobresaltó un poco, se levantó y fue hacia la entrada. Miró por la mirilla primero y después abrió.

—Pasa—dijo con amabilidad dejando paso.

—Vaya desastre hay aquí montado, ¿no?—Nico entró con el maletín y se fue directo hacia el dormitorio.

—¿Podrás abrirla, ¿no?

—Gabriel... la duda ofende—lo miró con una sonrisa de lado a lado mientras colocaba el maletín sobre la cama y lo abría con lentitud—. ¿Tenías que revolverlo todo para encontrar una caja fuerte?

—No he sido yo, me lo he encontrado así.

—¿Cómo?—Nico lo miró con cara de sorpresa.

—Justo cuando llegaba, una persona subía al ascensor, y creo que es la misma que ha estado aquí.

—Eso no me cuadra, Gabriel—Nico frunció el ceño—. ¿Es posible que buscase esa llave?

—No tengo ni idea, pero es preciso que dé con Marco lo antes posible. Por lo que parece alguien más sabe que tiene la llave. Creo que no encontraron la caja fuerte, a lo mejor tenemos suerte y está dentro.

—No tardaré en abrirla—abrió el maletín y sacó un taladro y una especie de estetoscopio—¿Alguna pista sobre el paradero de Marco?

—Nada, en el apartamento no hay nada, y en su ordenador tampoco. Es como si se hubiera esfumado de repente.

—No es por nada, pero yo diría que alguien más sabe lo de esa llave.

—Ahora mismo no descarto ninguna opción.

Permanecieron en silencio mientras Nico estaba concentrado en la laboriosa tarea de abrir la caja fuerte. Después de unos veinte minutos, un clic metálico les indicó que lo había logrado. Nico tiró con lentitud de la puerta hasta abrirla por completo. Unos cuantos billetes sueltos, una bolsa de tela y una cajita de terciopelo, junto a un papel que parecía una factura. Era todo lo que había en su interior. Los dos se miraron.

—Mira en la bolsa—dijo Gabriel.

—¿Y en la caja no?—preguntó Nico.

—En la caja creo saber lo que hay.

Nico abrió la bolsita de tela y dejó caer en su mano lo que guardaba en su interior. Era un collar de diamantes. Lo dejó sobre la cama y abrió la caja.

—Pues tenías razón, hay lo que debería de haber—Nico reía mientras la dejaba en la cama—. Parece que nuestro Romeo está enamorado, ¿eh?

—Pero ni rastro de la llave—el rostro contrariado de Gabriel hablaba por si solo—. ¿Y esos papeles?

—Las facturas de la joyería. Un collar y un anillo de pedida. Nada raro, todo bastante legal.

—¿Marco tenía capacidad adquisitiva para comprar esto?

—El señor Vaccarezza paga muy bien, ya lo sabes, y no es una cantidad desorbitada, puede permitírselo sin problemas.

—Entonces estamos en el mismo punto que hace un momento—Gabriel miró a Nico—. Llama a Enrico y pregúntale qué sabe de la Julieta.

Nico se incorporó y sacó su móvil del pantalón para llamar a Rico. Dio varias llamadas hasta que descolgó.

—Hola, Rico, ¿puedes hablar?

—...

—Necesito que me digas todo lo que sepas de la novia de Marco.

—...

—¿Cómo? ¿Estás seguro?

—...

—¿Nada de nada?—Nico miró a Gabriel y este señaló su reloj de pulsera y seguidamente mostró su dedo índice—. Rico, en una hora en el apartamento de Marco, ¿vale?

—...

—No tardes.

### 13. MARCO

ERA LA tercera vez que Gabriel miraba su reloj y Nico le contestaba con una risa divertida. Estaba claro que al arcángel no le hacía ninguna gracia que Enrico llegase tarde. El móvil de Nicolai comenzó a sonar.

—Dime, Salvador—contestó Nico después de pulsar el altavoz para que Gabriel pudiera escuchar también.

—Nico, hemos encontrado a Marco.

—¿Dónde se había metido ese inconsciente?—preguntó con tono cabreado.

—En la vieja fábrica abandonada—respondió Salvador—. Está fiambre, Nico...

—¿Cómo dices?—Nicolai se llevó una mano a la nuca—. Dame detalles.

—Le han pegado un tiro por la espalda, no lleva encima ni documentación ni dinero. Tampoco lleva su reloj ni la pulsera, es como si le hubieran robado...

—Pero... tú no crees que haya sido un robo sin más, ¿verdad?

—No, Nico, más bien parece uno de nuestros trabajos para que parezca lo que no es.

—¿Seguro que no lleva nada encima?—insistió Nico—. ¿Lo has registrado bien a fondo?

—Hasta el último milímetro, Nico, y no hemos encontrado nada de nada.

—Buscad bien por toda la fábrica, no dejéis un rincón sin escudriñar, cualquier cosa que veáis, te la llevas, ¿entendido?

—Afirmativo.

—Hasta luego, Salvador—se despidió y colgó la llamada mientras miraba a Gabriel con cierto gesto de preocupación—. Esto no me gusta nada...

—Ni a mí—aseveró Gabriel al escuchar a alguien tocar la puerta del apartamento—. Debe ser Enrico.

Nico se acercó con cuidado a la puerta y la abrió despacio, dejando entrar a Rico. Venía tan elegantemente trajeado como de costumbre, aunque se le notaba un tanto preocupado.

—¿Qué pasa, chicos?—preguntó nada más entrar y ver a Gabriel apoyado en la pared—¿Estaba la llave en la caja fuerte?

—Mucho me temo que no—dijo Nico dirigiéndose hacia una de las sillas y sentándose a horcajadas—. Acaba de llamarme Salvador, han encontrado a Marco.

—¡Dios! ¡Menos mal!—suspiró profundamente el muchacho—¿Dónde coño estaba metido?

—En el suelo de la vieja fábrica, pudriéndose poco a poco...—esta vez fue Gabriel quien respondió.

—¿Qué?—Enrico miró a Nico, necesitaba que él le confirmase lo que acaba de oír—. ¿Es eso cierto? Está muerto?

—Así es, Rico, y no llevaba nada encima, ni siquiera la llave que buscamos.

—¡Joder! ¡Maldita sea!—Enrico se dejó caer en el sofá echándose las manos a la cabeza—. Padre se va a enfadar mucho como no aparezca esa puta llave, ¡joder!

—Lo sé, chaval, por eso tenemos que dar con ella cuanto antes—Nico habló despacio, intentando suavizar la preocupación que se movía en el ambiente.

—Daremos con esa llave—Gabriel cogió las cosas de la caja fuerte y se las acercó a Enrico—. ¿No sabías que tenía una novia?

—Para nada—Enrico estaba sorprendido con todo aquello—. Cuando Nico me lo preguntó casi me echo a reír. Jamás hubiera imaginado a Marco con una mujer, era un bocazas y un imbécil.

—Pues parece que la cosa iba en serio—comentó Gabriel.

—Quizás por ser un imbécil, cayó en la trampa...—dijo Nico mientras se incorporaba de la silla—. Yo me voy, Rico. Cuéntale a Gabriel todo lo que sepas y recuerdes. Después nos vemos en casa.

—¿A dónde vas?—preguntó curioso Enrico.

—A la vieja fábrica, voy a echarle una mano a Salvador. Hasta luego—se despidió y salió por la puerta poniéndose su chaqueta de cuero.

\* \* \*

—Tengo entendido que Marco y tú eráis buenos amigos, ¿verdad?—le preguntó Gabriel—. Cuéntame la razón de que él tuviera la llave.

—Nos conocemos desde pequeños... Bueno, nos conocíamos...

—¿Y cómo es que jamás te dijo que tenía chica?—soltó en tono irónico Gabriel—. ¿No te invitó a la boda?

—¡Ey! No tiene ninguna gracia, era mi amigo, y no me importa quien seas, no te voy a pasar ni una.

—Tranquilo, chaval, solo es que me extraña, nada más—intentó tranquilizar a Enrico.

—¿Creéis que pensaba robar la llave?

—Yo no pienso nada, solo intento encontrarla—se acercó y se sentó junto a Enrico—. Dime, ¿crees que fue él?

—¡Claro que no!—respondió en tono ofendido—. Marco respetaba mucho a mi padre, y le era muy leal.

—Tranquilo, muchacho, yo tampoco creo que fuera él. Creo que lo engañaron y se acercaron a él para conseguir esa llave.

—¿Esa mujer?

—Eso parece. ¿Recuerdas cuándo se dio cuenta de que la había perdido?—le preguntó a Enrico.

—Sí, estábamos tomando un café en el O'Brien. Habíamos quedado allí porque quería contarme algo importante—abrió los ojos como platos—. ¡Eso es! ¡Seguro que iba a decirme lo de esa chica!

—¿Y no te dijo nada?

—No porque fue cuando se dio cuenta de que no tenía la llave y entonces se puso como loco. Juró y perjuró que la tenía al entrar, pero no apareció.

—Muy bien, vámonos—Gabriel se levantó rápido e invitó con un gesto a que Enrico hiciese lo mismo—. Aquí ya no hacemos nada.

—¿A dónde vamos?—preguntó curioso.

—A ese local, quiero que recreemos juntos lo que pasó aquel día, ¿de acuerdo?

—Vamos allá entonces.

\* \* \*

Nico llegó a la vieja fábrica tan rápido como le fue posible. Aparcó su coche junto al todoterreno de Salvador y entró en busca de los chicos. La pesada puerta que daba entrada a la nave principal estaba algo entreabierta. Nico entró sin más y avanzó unos metros hasta llegar al lugar donde permanecía quieto Salvador, que dirigía con la mirada cada uno de los movimientos de los muchachos que buscaban cualquier cosa sospechosa por aquel lugar.

—¿Has encontrado algo?—preguntó Nico cuando llegó junto a Salvador.

—Nada de nada, Nico, esto está limpio, bueno, ya me entiendes...

Nicolai avanzó unos pasos más hasta llegar al cuerpo sin vida de Marco. Yacía tirado en el suelo, boca abajo, con la cabeza sobre un charco de sangre.

—Un disparo certero, ¿eh?—Nico se puso en cuclillas junto al cadáver y miró a Salvador—. No parece un robo ni de coña.

—Te lo dije, esto es una ejecución en toda regla, y el limpiarlo es solo para aparentar que fue un robo más cuando la bofia lo encontrase.

—Pero no lo ha encontrado—Nico se incorporó de nuevo y se giró hacia Salvador—. Deshazte del cadáver cuanto antes, que no quede ni rastro de él. Y seguid buscando, cualquier cosa que encuentres puede ser importante, ¿de acuerdo?

—Sí, Nico, no te preocupes. Yo me encargo de todo—asintió Salvador.

—Iré a ver al señor Vaccarezza para informarle...

—No le va gustar nada de nada...

—Lo sé, Salvador, lo sé...

\* \* \*

—Enrico, quiero que ahora te concentres, ¿de acuerdo?—le dijo Gabriel antes de entrar en el bar—. Necesito que intentes recordar exactamente lo que hiciste aquella tarde. Paso a paso, hasta el más mínimo detalle que recuerdes, ¿entendido?

—Entendido—respondió Enrico—. Habíamos quedado aquí mismos, frente a la puerta. Yo llegué un par de minutos antes, después llegó Marco. Apareció por aquella esquina todo sonriente, colocando bien su corbata y con paso decidido.

—¿De dónde venía?—preguntó Gabriel.

—No lo sé, cuando lo llamé para quedar solo me dijo que iba a ver a alguien un segundo y que vendría enseguida.

—¿Crees que era esa chica?

—Probablemente...

Enrico hizo una pausa antes de abrir la puerta del O'Brien y entrar despacio. Gabriel entró tras él.

El bar estaba vacío salvo por el camarero que desde la barra miraba a los dos hombres con atención mientras secaba vasos con una bayeta. No les quitaba la vista de encima, esperando a que tomaran asiento o se dirigiesen a él.

—Yo entré antes que Marco. Nos detuvimos aquí mismo para elegir mesa. Señalé aquella de allí, la del fondo del local, y Marco me dijo que me sentase, que él iba al baño un momento. Eso fue lo que hice, me senté y esperé a que volviese.

Los dos hombres hicieron lo mismo que aquella tarde Enrico y Marco: se sentaron en la misma mesa del local.

—¿Traía la llave?

—Eso dijo, al menos Marco estaba convencido de ello...

—¿Qué más te dijo? ¿Te contó algo fuera de lo normal?

—Nos pedimos unas copas y parecía querer contarme algo importante, pero al poco se dio cuenta de que no tenía la llave. Fue entonces cuando se puso muy nervioso y ya el único tema importante fue que la llave apareciese. Volvió al baño a buscarla pero no la encontró. Entonces decidimos ir a su casa a buscarla. Y eso es todo, el resto ya lo conoces.

—Necesito saber más, Enrico...

—No me dijo nada más, de verdad.

—Está bien, te creo, pero necesito más información—Gabriel lo miró fijamente—. Quiero que hagas memoria, sé que tienes la misma capacidad de observar que tu padre, así que cierra los ojos, vuelve a ese día, y recuerda quién más había en el bar.

—De acuerdo, de acuerdo—Enrico suspiró y se concentró en aquella tarde—. Estaba el camarero, que es el mismo, por cierto.

—Bien, ¿quién más?

—En la barra había un tipo, un hombre rubio, vestido de forma elegante. Recuerdo que no dejaba de mirar su reloj. Al poco lo llamaron por teléfono, pagó y se marchó.

—Bueno, ya tenemos algo...—Gabriel iba haciendo anotaciones en una pequeña libreta—. ¿Qué más recuerdas?

—En aquella mesa—Enrico señaló a la mesa del fondo—. Había una chica rubia mirando papeles y consultando libros. Deduje que era una estudiante. Y luego estaba...

—¿Quién estaba?—Gabriel advirtió cómo Enrico acababa de recordar algo importante.

—Marco dijo que se había cruzado con una mujer espectacular al ir al baño. Una morena, eso es, dijo que era una chica morena, pero lo cierto es que no recuerdo haberla visto salir.

—Muy bien, Enrico, creo que al fin vamos por el buen camino—Gabriel anotó algo y se levantó de su silla—. Espérame aquí, ahora vuelvo.

—¿A dónde vas?—Enrico preguntó curioso.

—Voy a echar un vistazo. No tardo.

Gabriel enfiló en dirección a los baños. Al final de la barra había una

puerta con un cartel que rezaba Aseos, y tras ella un pasillo con tres puertas. La más cercana no tenía cartel, en cada una de las otras ponía Caballeros y Señoras respectivamente. Gabriel abrió despacio la primera y se asomó. Daba a la calle, a la parte trasera del bar, el lugar donde dejaban las cajas vacías y la basura. Cerró la puerta y volvió junto a Enrico.

—Qué rápido has vuelto...—Enrico preguntó en cuanto Gabriel se sentó de nuevo—. ¿Has encontrado algo?

—Hay otra salida por los baños. Necesitamos más información acerca de esa morena—contestó con gesto pensativo—. Y también de los otros dos clientes.

—¿Crees que alguno tiene la llave?

—No lo sé, pero eso es lo que parece.

—¡Se van a enterar! Yo me encargaré de todo.

—Tú no harás nada—sentenció Gabriel—. Tu padre me ha pedido que solucione esto de la mejor forma posible y sin hacer ruido, y es lo que haré.

—Pero...

—Pero nada—Gabriel miró a Enrico con gesto serio—. Ahora te vas a ir a casa, a descansar, a dar una vuelta, a echarle un polvo a tu novia o lo que quieras, pero respecto a este asunto, no quiero que hagas nada a menos que yo te lo diga, ¿entendido?

—Está bien, está bien, no pienso discutir ni contigo ni con mi padre—Enrico se levantó, se despidió de Gabriel y salió del local.

Gabriel hizo unas cuantas anotaciones más en su libreta, después repasó todo lo que había escrito, y con bloc en mano, se dirigió hacia la barra, justo en frente donde el barman colocaba vasos y copas en un estante. El muchacho, en cuanto se dio cuenta se giró hacia Gabriel.

—Buenas, ¿en qué puedo ayudarle?—preguntó de forma educada.

—Necesito cierta información.

—Claro, si está en mi mano, no dude que le ayudaré. Dígame.

—Hace unos días mi amigo, el que acaba de irse, estuvo aquí con otro muchacho, ¿lo recuerdas?

—Sí, creo que sí...

—Necesito toda la información que puedas darme sobre las personas

que había ese día en el local.

—Señor, aunque lo supiese, no creo que esté bien hacer eso.

—Créeme que es lo mejor que puedes hacer, así que no perdamos el tiempo discutiendo.

—¿Acaso es usted policía?—preguntó el barman con cierto tono chulesco que irritó a Gabriel.

—Ya quisieras... No, no soy policía—Gabriel llevó su mano a la parte trasera de su cintura, cogió su pistola y la colocó despacio en la barra—. Pero sin embargo, sí que llevo un arma...

—Vale, vale—el gesto del barman cambió cuando se percató de que la situación era más seria—. No quiero problemas.

—Eso ya está mejor. A la persona para quien trabajo le gusta la gente que colabora sin hacer preguntas...—hizo una breve pausa—. ¿Qué sabes de las personas que había aquí ese día?

—Está bien, está bien—el barman comenzó a hacer memoria—. En la barra había un tipo rubio, no lo había visto nunca por aquí, supuse que era de fuera o de la otra parte de la ciudad. Parecía esperar a alguien, pero en cuanto lo llamaron por teléfono, se marchó. No sé nada más sobre él.

—Vale, continúa...

—En la mesa había sentada una chica rubia, una estudiante de derecho, creo. Toda la mesa estaba llena de apuntes y libros sobre leyes, justicia y yo que sé qué más. Se llama Fabiola, creo.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Es el nombre que ponía en uno de los tochos de apuntes. ¿Algo más?

—Sí, la chica que falta.

—¿Qué chica?

—La chica morena...

—Ah, vale, se refiere a Susana...—¿Qué pasa con Susana?

—¿La conoces? Háblame de ella.

—No vino a tomar nada, de vez en cuando viene a llevarse botellas de agua y de paso va al baño. Trabaja aquí cerca, al otro lado de la calle.

—¿Ah, sí? ¿Me puedes indicar dónde?

—Justo en la esquina que se ve al salir por la puerta, es una tienda de telefonía móvil.

—Ah, vale, creo que ya sé la que dices. ¿Alguna cosa más que yo deba saber?

—Es en todo lo que puedo ayudarle.

—Si por casualidad recuerdas algo más, me avisas. Y espero que esta conversación quede entre nosotros, ¿entendido?

—¿Y cómo se supone que voy a contactar con usted? ¿Me da su número?

—Si necesitas decirme algo, solo tienes que pegar un papel rojo en la ventana del fondo. Nada más. Hasta luego—Gabriel recogió su pistola y tras guardarla en su funda, salió del bar.

Avanzó unos pasos hacia un lado y se sentó en uno de los bancos de la acera, observando con atención la tienda de teléfonos del otro lado de la calle. Sacó de su pitillera un cigarrillo y se puso cómodo después de encenderlo y darle una buena calada. Sabía que era cuestión de tener paciencia, no faltaba mucho para la hora de cierre. Cogió su teléfono y buscó en la agenda, intentaría aprovechar el tiempo y adelantar trabajo. Marcó un número.

—...

—Hola, Óscar, soy Gabriel, ¿tienes un segundo para mí?

—...

—Te lo agradezco enormemente, Óscar. Necesito que me localices a una persona. Creo que trabaja en tu sector.

—...

—Sí, eso es, un tipo alto y rubio que viste elegante y es muy educado. Al parecer es un gran vendedor, no creo que te cueste mucho dar con su nombre, ¿verdad?

—...

—Muchas gracias, Óscar. Te debo una. Hasta pronto y cuídate.

—...

Esperó pacientemente hasta la hora del cierre. Dos chicas salieron primero, uniformadas con colores llamativos, y acto seguido, un chico joven uniformado también a juego. Fue él quien bajo la rejilla de la puerta y echó los cierres. Después se separaron, el chico y la muchacha de pelo castaño se fueron juntos y la chica morena echó a andar en dirección opuesta. Gabriel se levantó y se puso también en movimiento, sin quitarle ojo de encima pero sin abandonar su propio lado de la acera por el momento.

Tras una larga caminata, la chica se detuvo en un bloque de apartamentos y luego de buscar las llaves en su bolso, entró en el edificio. Gabriel sacó su libreta y anotó la dirección. Ya tenía a la primera sospechosa localizada y el segundo ya estaba próximo a ser localizado también. Encontrar a la tercera sospechosa no iba a ser tan fácil, no tenía muchos contactos en el mundo de la universidad, y todo lo que se relacionaba con el término justicia no le hacía demasiada gracia.

## **14. UN JUEGO PARA TRES**

SUSANA entró en el piso y dejó el bolso en su habitación antes de asomarse a la de Fabi para saludarla. Después se fue al salón, donde estaban los chicos sentados en el sofá. Susana se metió en medio de los dos. Su falda, nada más sentarse se subió unos cuantos centímetros, dejando ver sus preciosas piernas hasta los muslos, dibujándose perfectamente el triángulo entre la falda y sus piernas. Los chicos no pudieron evitar mirar a la vez, sacando una risilla de Susana.

Empezaron a hablar del trabajo, de lo que habían hecho en el día, se metieron con sus jefes, contaron anécdotas, se rieron de lo lindo. Poco a poco el tema fue derivando en las relaciones que habían tenido, en cómo serían sus parejas ideales, y al final solo hablaban de sexo; y eso a los tres les encantaba, y sin poder evitarlo, la cosa se fue calentando. Solo faltaba que alguno de los tres diera el primer paso.

Fue Martin el que primero se animó a mover ficha, posando una mano

en la rodilla de Susana, y como enseguida notó su aceptación, empezó a acariciar también el muslo, despacio, muy lentamente. Subía sus dedos hacia arriba por la parte interior del muslo, y ella se dejaba hacer, y Enrico prestaba mucha atención a cada uno de los movimientos de ambos.

Martin estaba ya muy excitado, su miembro se notaba a través del vaquero al no llevar ropa interior debajo. Enrico permanecía normal, tranquilo, como si aquello no fuera con él, pero no perdía detalle de nada. Susana empezó a entreabrir las piernas, pero la falda estrecha no se lo permitió.

Martin se lanzó de lleno, subió las manos hacia los pechos de Susana y empezó a tocárselos a través de la blusa, notaba por debajo un sujetador muy suave, prácticamente sentía los pezones duros y gruesos, y deslizó su mano hacia los botones, y ahí fue cuando Enrico se unió a las caricias.

—Shhh... Esperad que me quite la blusa, sois capaces de romper los botones—susurró entre risas.

Se quitó la blusa dejando a la vista un sujetador azul oscuro prácticamente transparente. Sus pechos se salían por la parte superior del sujetador, y sus pezones erectos y grandes se marcaban de una manera brutal.

Los dos chicos empezaron a mordisquear sus pezones a través del sujetador, y a tocar sus firmes pechos por todos lados. Martin subió la mano hacia los tirantes y se los fue bajando suavemente, sacó sus brazos de ellos, y lo bajó hasta su cintura, liberando sus pechos al exterior, redondos, duros, rodeados por un pezón grande, abultado y rosado; unos pechos casi perfectos. Martin y Enrico se los estaban comiendo literalmente, chupando como locos sus pezones y sus aureolas, mientras las manos bajaban acariciando su vientre, liso y suave.

—¿Qué pensáis hacerme? ¿Me vais a dar los dos?

—Te vamos a hacer todo lo que se nos ocurra, o primero uno y después otro, o si quieres, los dos a la vez...—le respondió Martin.

Susana estaba muy excitada, su mano fue directamente a los pantalones de los chicos y comenzó a tocar sus miembros por encima del pantalón y a quitar botones. Los chicos no tardaron en ayudarla a sacar sus penes, que ella enseguida cogió con las manos, apretándolos y empezando a menearlos. Martin se levantó del sofá y empezó a desnudarse, se quitó la camiseta y el pantalón, se arrodilló junto a ella y empezó a besarle los muslos por la cara interna, mientras Enrico seguía centrado en sus pechos.

Martin cogió de la mano a Susana y les sugirió que estarían mejor en la habitación, en la cama. Ambos asintieron y se fueron hacia la habitación de Susana abrazándose y besándose, tan pegados que parecía imposible separarlos.

—¡Fabi!—gritó Susana—. ¿Te unes a la fiesta, cariño?

—¡No, gracias!—otro grito se oyó de vuelta—. Tengo mucho que hacer, pero gracias de todos modos. ¡Pasadlo bien, pervertidos!

Los tres rieron a la vez y entraron a la habitación. Enseguida Susana se quitó la falda y la ropa interior mientras Enrico hacia lo mismo. Ella se tumbó en la cama boca arriba y Martin a su lado, mientras Enrico iba al servicio. Empezó a besarla con pasión, ella respondió a los besos metiéndose la lengua hasta la garganta. La mano bajó por su vientre hacia su pubis, acariciando su piel sin vello, y siguió bajando hacia el centro de su placer, y ella rápidamente abrió las piernas.

Comenzó a tocar su clítoris muy despacio, ella abría las piernas un poco más; le metió dos dedos en su empapado sexo. No dejó de acariciar sus pechos y besarla, y fue bajando la boca por su vientre, hacia su clítoris. Empezó a comérselo con maestría, ella empezó a gemir, se abría de piernas de una manera bestial, subía su pelvis hacia arriba, buscando más penetración de la lengua de Martin.

A los pocos minutos llegó Enrico del servicio, su miembro estaba en su máximo esplendor. Se subió a la cama acercándolo a la boca de ella. Susana no lo dudó un segundo, lo cogió con ambas manos y empezó a chupar.

Primero solo se metió el capullo en su boca, pero rápidamente Martin observó cómo se metía todo en su boca.

Enrico empezó a moverse como si se la estuviera follando por la boca, prácticamente se la sacaba entera y se la volvía a meter completamente.

Martin se incorporó, acercó su miembro a su sexo y empezó a restregarlo por toda su vulva, parándose despacio en su clítoris. Se la empezó a meter despacio, intentando sentir centímetro a centímetro hasta llegar al fondo de su vagina chocando los testículos con su culo. Empezó a darle más rápido, se la sacaba y se la metía toda de un tirón.

Acomodó la pelvis contra la suya y apoyándose en sus codos, con su miembro dentro de ella empezó a tocarle los pechos. La mirada tan lasciva de Susana les indicó exactamente lo que quería a continuación.

Martin se tumbó boca arriba en el centro de la cama. Tenía su miembro a punto de reventar, pero Susana manejó muy bien los tiempos para que no se corriera. Se puso encima de él, se abrió un poco y se dejó caer sobre él metiéndoselo todo de un golpe. Martin dejó escapar un grito de placer, y ella también gemía profundamente. Él notaba cómo estaba llegando al fondo de su vagina, como su capullo rozaba contra algo en el fondo. Susana cabalgaba sobre sus rodillas, aceleraba y frenaba el movimiento, se subía hasta tener solo el capullo dentro y se dejaba caer de repente metiéndoselo entero.

Enrico se había situado detrás de ella, a su espalda, le estaba besando el cuello y acariciando sus pechos desde atrás, a la vez que Martin tocaba su clítoris mientras la penetraba una y otra vez. El miembro de Enrico resbalaba por la raja de su culo, chocando alguna vez con la base del de Martin.

Susana se abrió de piernas aún más, y las fue pegando a las caderas y costados de Martin, acopló su vientre al de él, y apretó suavemente sus tetas contra su pecho, cogiendo su cara con las manos, y metiéndole la lengua dentro de la boca. En esa postura, su culo quedaba totalmente abierto y levantado hacia arriba, ofreciéndoselo de una manera provocativa a Enrico.

No la hizo de rogar. Enrico acopló sus rodillas en el interior de los muslos de Martin y se dio un poco de lubricante en la punta. Acercó su miembro al culo de Susana y empezó a empujar muy despacio. Martin vio la cara de Enrico llena de placer y a Susana suspirando del inmenso placer que sentía. Los testículos de Enrico empezaron a rozar el miembro de Martin, señal inequívoca de que lo tenía todo dentro del culo de Susana.

Su movimiento empezó a ser suave pero continuo. Susana levantó un poco el culo, y empezó a menearse lentamente sobre Martin, coordinando los movimientos dentro de ella. El placer empezó a ser indescriptible, Susana gemía de una forma bestial, Martin notó una presión que no había sentido nunca, a la vez que notaba que la vagina de Susana se había estrechado considerablemente, y su miembro tenía rozamiento por todas partes. El placer era máximo, pero antes del gran final, había que cambiar los roles.

Enrico sacó su miembro del culo de Susana y se tumbó boca arriba, y volvieron a repetir los mismos movimientos que la vez anterior. Una vez que ella se acopló a Enrico, Martin se colocó detrás de ella. Su culo estaba bien dilatado, colocó el capullo contra su culo y empezó a empujar despacio, deslizándolo perfectamente dentro, sin trabas, sin tensión, notando centímetro a centímetro la penetración. El placer era inmenso, los gemidos se escapaban sin control de sus bocas.

Susana volvió a sincronizar todos los movimientos por las dos partes. Martin empezó a sacar y meter cada vez más rápido. La sacaba hasta la mitad del capullo y la metía toda de un tirón, hasta que sus testículos chocaban contra el miembro de Enrico. Cada cuatro cinco envites paraba para no correrse, dejándola dentro de su culo, donde el calor era intenso y hacia que no bajara de tamaño.

La respiración de Susana era cada vez más rápida y más intensa, así como sus gemidos. Los chicos notaron por sus contracciones internas que estaba a punto de correrse, y aceleraron el ritmo para terminar juntos a lo grande, entre jadeos y gemidos, en unos orgasmos totalmente descontrolados.

Susana se quedó inmóvil un instante, y empezó a tener contracciones en

todo su cuerpo. Se convulsionaba de una forma violenta y rápida, gemía y lloraba, a la vez que clavaba sus unas en el pecho de Enrico y en uno de los muslos de Martin. Estaba teniendo el mayor orgasmo de su vida.

Al fin se quedaron los tres totalmente quietos. Susana encima del pecho de Enrico y Martin encima de su espalda. Todos jadeaban intensamente. Martin fue el primero en reaccionar después de un minuto, tumbándose a un lado, y enseguida Susana se tumbó a su lado, en medio de los dos.

—Sin duda, esta vez me va a gustar lo de compartir piso...—dijo Susana con una gran carcajada.

## 15. EL PLAN DE GABRIEL

TODO estaba preparado para que el plan de Gabriel se pusiera en marcha. Él mismo seguiría de cerca el devenir de los acontecimientos. Estaba sentado en el O'Brien, esperando pacientemente. Le llamó enormemente la atención el hecho de que realmente entraban muy pocos clientes en aquel local, y se preguntaba cómo diablos se mantenía abierto aquel negocio. Ya le había dado las instrucciones precisas al barman.

Y por fin entró. Susana apareció por el pasillo de los baños, como si lo de entrar por la puerta principal no fuera con ella, y se acercó a la barra sonriente. Era una chica sobradamente atractiva, pero lo que realmente la hacía sexy a rabiar era la sonrisa, la simpatía y el descarado que destilaba con cada gesto que hacía.

Se acercó a la barra con alegría y saludó al barman primero; después le pidió lo de siempre.

—Aquí tienes, guapa—le dijo mientras dejaba dos botellas de agua sobre la barra—. Oye, seguro que tú conoces a mucha gente por tu trabajo, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí—Susana sintió curiosidad por la pregunta—. Imagino que al igual que tú, ¿no? Es lo que tiene trabajar de cara al público.

—Bueno, no sabría decirte... Siempre veo vuestra tienda llena de gente, y aquí ya ves...

—Bueno... Visto así—Susana giró la cabeza y solo vio a un apuesto y elegante hombre en la mesa del fondo. Sonrió—. Quizás llesves razón, así que dime, ¿qué me quieres contar?

—Me han comentado que alquilan un apartamento cerca de aquí a un precio increíble. Era por si conocías a alguien interesado.

—¿Cómo de increíble es ese precio?—Susana prestó más atención todavía—. Dame más información, plis.

—No sé el precio, si quieres puedo preguntarlo—le contestó el barman—. Solo me han dicho que está cerca, que es el más barato de la ciudad, que está muy bien, que sería para compartir con tres personas, y poco más. Si sabes de alguien, puedo conseguir más datos y eso.

—Pues si me haces el favor te estaría eternamente agradecida.

—¿Es que conoces a alguien que esté buscando piso?

—No, pero me interesa a mí—soltó una carcajada y le guiñó el ojo—. Eso de que esté cerca me interesa, y si encima es barato, pues mejor que mejor, así que a ver si me consigues pronto el teléfono del casero, ¿vale?

—Claro que sí, guapa, sin problema. Para esta tarde ya lo tendré.

—¡Genial! Esta tarde me paso, y gracias de corazón. Aquí tienes—dejó en la barra un par de monedas—. Me voy que estoy trabajando. Hasta luego.

Gabriel se levantó de su mesa nada más salir la chica y se dirigió hacia el lugar de la barra donde se encontraba el barman. Se detuvo frente a él, lo miró fijamente y sin decirle nada dejó un pequeño trozo de papel a su alcance.

—Ese es el número y el nombre que tienes que darle cuando vuelva—Gabriel enfiló la puerta y salió del bar, dejando al camarero mirando el trozo de papel.

\* \* \*

—¿Y bien? ¿Lo tienes?—preguntó directa al entrar al bar.

—Sí, sí, lo tengo—sonrió el barman sintiéndose como un héroe ante la damisela en apuros.

—¡Eres un sol!—Susana estaba muy contenta ante la posibilidad de cambiar de vivienda en un breve espacio de tiempo—. ¿Sabes algo más del apartamento?

—Nada más, llama a este número y te informas de todo lo que quieras saber—el chico le dio el mismo papel que le había entregado Gabriel.

—¡Gracias, gracias y mil gracias!—Susana cogió el papel y salió disparada del local, y una vez fuera no tardó un segundo en coger su móvil y

marcar el número que había escrito en la nota.

—...

—Hola, muy buenas. ¿El señor Sánchez?

—...

—Sí, mire, es que me han dado su teléfono, estaría interesada en alquilar una de las habitaciones si es posible.

—...

—¿Sí? ¡Genial! ¿Y por cuánto saldría?

—...

—¿De veras? ¿En serio? ¡Eso es genial! Escuche, no busque más, yo me quedo con una habitación, la que sea, me da igual—Susana rebosaba alegría en mitad de la acera.

—...

—Muchas gracias, señor Sánchez. ¿Cuándo podría mudarme?

—...

—¿Tres días nada más? Ay, no sabe la alegría que me da—Susana no cabía en sí de júbilo.

—...

—Trato hecho. Nos vemos en la cafetería en tres días. Gracias de nuevo y encantada de conocerle, señor Sánchez.

—...

\* \* \*

Esperó pacientemente dentro de su coche hasta que Martin salió de la inmobiliaria. Iba acompañado de una rubia espectacular, quizás demasiado madura para él, a Gabriel no le pareció precisamente una clienta, y si lo era, también era algo más.

El rubiales abrió galantemente la puerta del coche de la inmobiliaria para que la mujer se subiese, después subió él, arrancó el motor y dejó el aparcamiento. Gabriel se bajó de su coche y se dirigió a la inmobiliaria. Al entrar echó un vistazo a todo el local y decidió hablar con el vendedor que había al lado de la única mesa vacía.

—Buenos días.

—Buenos días, señor—contestó gentil el hombre—. Por favor, tome asiento y dígame en qué puedo ayudarle. Mi nombre es Enrique.

—Mucho gusto, Enrique. No tardaré mucho, no tomaré asiento, gracias—respondió amable Gabriel—. Mi vecino me ha pedido que pase por aquí y les deje su teléfono, quiere poner en alquiler su apartamento.

—Ah, claro, no hay problema, nosotros nos encargaremos de contactar con él a la mayor brevedad posible.

—Muy bien. Aquí tiene el número del señor Sánchez—dijo Gabriel tendiéndole un trozo de papel—. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué, aquí nos tiene para ayudarle en todo lo que necesite.

Gabriel salió de la inmobiliaria despacio, observando cómo aquel tipo se quedaba marcando los números del teléfono que acababa de dejarle. Todo marchaba según lo previsto.

\* \* \*

—¡Casanova!—Enrique telefoneó a Martín a los pocos minutos de marcharse Gabriel—. No veas la ganga que acabo de conseguir. Me la van a quitar de las manos.

—...

—Un alquiler por habitaciones en una zona bastante buena y por solo cien pavos al mes.

—Como te lo digo. Al parecer es de un viejo que prefiere alquilarlo por poco a tenerlo vacío. Se van a dar hostias po...

—...

—¡Y una mierda! ¿Para qué diablos lo quieres tú? Es mi captación, colega.

—...

—¿Cómo que para ti? A mí no me la das, sé muy bien los gustos que tienes. No te veo ni viviendo en un apartamento, ni compartiendo con nadie.

—...

—¡Vale, vale!, para ti, pero escúchame, me deberás una, ¿entendido?

—...

\* \* \*

Gabriel estaba de pie, quieto, enfrente de la entrada al edificio principal de la Universidad. En realidad no sabía exactamente qué pasos seguir, pero al menos se alegró de que la chica tuviese un nombre tan fuera de lo común por allí. Confiaba en dar con algún dato en alguno de los tablones de anuncios de la facultad de derecho.

Buscó durante un buen rato por los pasillos, sin querer preguntar a nadie ni requerir ayuda, hasta que por fin dio con unos listados de alumnos matriculados para ese curso. No tenía ni idea del curso que iba a estudiar la muchacha, por eso comenzó por el primero de todos, nombre a nombre, línea a línea. Fue un trabajo engorroso porque venían ordenados por el apellido, así que no le quedó más remedio que ir mirando uno a uno.

Tuvo que sonreír cuando después de estar casi a las puertas de la rendición, en la última página, en la de los másteres específicos, encontró a la única alumna que portaba el nombre de Fabiola. Ya la tenía. Sacó su libreta para anotar su nombre y apellido, y al mirar de nuevo el tablón, algo llamó su atención.

—No, no es posible...—se le escapó en voz alta—. No puedo tener tanta suerte hoy...

Gabriel se fijó en un pequeño post-it que había al lado de las hojas de matriculados. En el trozo de papel podía leerse Busco vivienda para compartir este curso. Mi número es el 666 66 66 66. Fabiola Sorensen. Una carcajada retumbó en el pasillo y desvió la vista de varias personas hacia él. Todo estaba saliendo mejor de lo que había planeado. Apuntó el número de teléfono y se marchó.

\* \* \*

—Buenas, ¿la señorita Fabiola Sorensen?—preguntó por teléfono el señor Sánchez.

—...

—Encantado, me llamo Edmund Sánchez. Mi nieta vio su anuncio en la

facultad y me pasó su número. ¿Sigue buscando vivienda?—preguntó.

—...

—Claro, sin problema, sé muy bien cómo están los tiempos hoy en día. Pido cien dólares al mes, más lo típico, un mes de fianza, ¿qué le parece?

—...

—Ah, no, mujer, ya no tengo edad para hacerme rico, y creo que es un precio justo, así echo una mano a quien lo necesite.

—...

—De momento compartiría con un chico y una chica, y tengo pendiente otro posible inquilino más. Son buena gente, te caerán bien.

—...

—La calle es Marqués de Sade, el número quince, el quinto B. lo único, eso sí, que no tiene ascensor.

—...

—En un par de días podemos quedar y le doy las llaves si quiere.

—...

—Pues muy bien, en la Cafetería Stilo, ¿a las diez va bien?

—...

—De acuerdo, Fabiola, allí nos vemos pasado mañana. Feliz día.

—...

\* \* \*

—¿El señor Sánchez?

—...

—Mi nombre es Martin, y estaría interesado en alquilar una de sus habitaciones si es posible.

—...

—Genial entonces—Martin sonreía al teléfono—. Me han comentado que son cien dólares al mes, ¿no? y aparte otros 100 de fianza, ¿verdad?

—...

—Pues no busque más, ¡me quedo con la habitación!

—...

—No se preocupe, pase por la inmobiliaria MyHome, allí puede dejarme las llaves y yo le dejaré allí el dinero, si le parece bien.

—...

—Eso no me importa, soy joven todavía, puedo subir los pisos que hagan falta—Martin soltó una risotada.

—...

—No sabe la alegría que me ha dado, señor Sánchez. Muchas gracias por todo.

—...

## 16. CAFÉ MUY DULCE

NICO esperó prácticamente todo el día dentro de su coche, aparcado al final de la calle, desde un lugar en el que podía divisar bien la entrada al edificio de los chicos. Estaba acostumbrado a hacer vigilancias interminables, pero en aquella ocasión no era un trabajo, su plan era otro, y quizás por ser algo personal, no mantenía la misma paciencia.

Finalmente su espera tuvo premio. Fabi giró la esquina y enfiló el paso hacia la puerta del edificio. Nico salió del coche y atravesó la calle sin mirar y gritando el nombre de la chica, que se giró al oír cómo la reclamaban, y

cuando reconoció a quien le llamaba, se detuvo a esperar que cruzase de una pieza.

—¡Nico!—Fabi sonrió cuando él estuvo junto a ella—. Qué casualidad, ¿no? ¿Qué haces por aquí?

—Pues mira, he pensado mil cosas que decirte, pero cada cual era más estúpida que la anterior, así que te diré la verdad, que estaba buscándote—le contestó Nico mirándola fijamente y con una sonrisa muy seductora.

—¿Buscándome? ¿A mí?

—Tenía ganas de verte y de tomar otro café, si quieres, claro.

—¿Y cómo has dado conmigo?—aquel interés por verla le pareció de lo más romántico.

—No te rías de mí, vale, pero llevo por aquí todo el día... Recordé que dijiste que tu nuevo piso estaba cerca del café.

—¿En serio?—a Fabi le brillaban los ojos como a una colegiala—. En ese caso, no puedo negarme a tu petición.

—¿Mismo café te parece bien?

—Me parece estupendo, a ver si lo convertimos en una costumbre, ¿no?

—Eso me encataría—Nico sonrió de una forma un tanto bobalicona, hasta el punto de que él mismo se sintió como un cursi—. Venga, vamos, que hoy pago yo.

\* \* \*

Había mesas libres, pero ellos se fueron por instinto a la misma que compartieron unos días atrás. Por la razón que fuese, se entendían muy bien.

—Y bueno, Nico, tú sabes que yo estudio, pero yo no sé a qué te dedicas.

—Digamos que soy una especie de secretario, un chico para todo—le respondió entrecerrando los ojos, sin saber exactamente cómo definir lo que hacía sin decir que trabajaba para uno de los mayores mafiosos.

—¿Cómo dices?—Fabi dejó escapar una carcajada, no sabía si Nico bromeaba o no—. Como no te expliques mejor, te voy a imaginar con cofia y delantal...

—¡No, por Dios!—Nico se rio con ganas al imaginarse a sí mismo

vestido de esa guisa—. Es como si trabajase en el departamento de mantenimiento de una gran empresa. Si algo se jode, yo lo arreglo. Si hay que cambiar o deshacerse de algo, yo me encargo... Ya sabes, esas cosas.

—Vamos, que eres un auténtico manitas...

—Algo así podría decirse.

Congeniaron muy bien, pasaron un rato tan agradable que fue Fabi la que se lanzó primero a darle su número de teléfono para seguir en contacto y poder verse de nuevo. Nico no estaba muy seguro de lo que estaba haciendo, por un lado quería conocer y seguir viendo a aquella chica, pero por otro, era jugar con fuego por las implicaciones que esa mujer tenía para con su jefe.

Aún así, Nico decidió arriesgarse, aunque guardó el número de Fabi de forma un tanto peculiar para solo él saber que era ella.

## 17. LA DENUNCIA

GABRIEL entró de forma apresurada y sin llamar a la puerta, tal como le dijo Nico por teléfono. Una vez dentro del despacho vio al señor Vaccarezza sentado en su sillón, a Salvador de pie frente a la mesa y a Nico apoyado en la pequeña barra del mueble bar. Todos permanecían en silencio, de hecho a Gabriel le dio la impresión de que llevaban ya algún tiempo sin decir palabra. Se mascaba cierta tensión en el ambiente, aunque no daba la impresión de ser tan grave como sugirió la llamada de Nico.

—Buenas tardes, ¿qué es eso tan importante que no puede esperar?— preguntó al llegar a la mesa, al lado de Salvador.

—Buenas tardes, Gabriel—habló el señor Vaccarezza—. Perdona la urgencia, pero en aquel momento estaba bastante preocupado y reconozco haberme puesto algo nervioso, por eso le he urgido a Nicolai que te avisara a toda prisa.

—¿Qué ha pasado?—Gabriel miró de forma inquisidora a Nico, como si prefiriese que se lo contase él antes que el jefe.

—Que la policía ha estado esta mañana aquí, hace apenas una hora que se ha marchado—Nico respondió haciendo un gesto al señor Vaccarezza para pedirle permiso y contárselo él mismo.

—¿La poli?—Gabriel frunció el ceño y se puso a pensar si había cometido algún error hasta el momento, algo bastante improbable por el sumo cuidado que había tenido hasta el momento—. ¿A qué ha venido la poli aquí?

—Preguntando por Marco—dijo el señor Vaccarezza.

—¿Por Marco?—Gabriel cada vez sentí más curiosidad.

—Sí, al parecer alguien denunció hace unos días su desaparición, y como está en nómina aquí, han venido a preguntar—le explicó Nico—. Pura

rutina.

—Su chica, supongo...—Gabriel se quedó pensativo.

—Eso creemos, aunque la policía no ha querido decir mucho—Nico se encogió de hombros—. A ver qué puedes averiguar, nosotros no podemos husmear demasiado con la poli tan cerca, pero tú sí.

—Claro, no hay problema por eso—contestó con total tranquilidad Gabriel—. Supongo que os encargaríais del cuerpo, ¿verdad?

—Nadie encontrará a Marco, de eso puedes estar seguro—era la primera vez que Salvador abría la boca.

—Bien, yo me encargo de averiguar quién esa mujer misteriosa, quizás sepa algo de la llave—añadió Gabriel tras mirar a Salvador unos segundos en silencio.

—O tal vez la tenga ella—murmuró Salvador de nuevo.

—Entonces no se hubiera molestado en denunciar la desaparición de Marco—Nico intervino para que Salvador no siguiera hablando—. Pero es posible que nos lleve a alguna pista.

—Gabriel, en tus manos lo dejo, a ver qué puedes sacar en claro de todo esto—el señor Vaccarezza habló para dar por zanjado el tema—. En cuanto sepas algo, me avisas.

—Así lo haré.

Gabriel se despidió de los tres con un leve gesto de la cabeza, se giró y salió por donde había llegado. El coche permanecía en la misma puerta de la casa, subió a él y antes de ponerlo en marcha encendió un cigarrillo y marcó un número de teléfono en el manos libres.

Ni tan siquiera llegó a coger línea. Gabriel lo achacó a que después de tanto tiempo lo más probable era que hubiese cambiado de número, lo que le obligaría a tener que ir a otro de los lugares a los que no le gustaba frecuentar demasiado. Dio un par de caladas al cigarro, bajó un poco la ventanilla y lo dejó caer en la calle pese a estar todavía por la mitad.

Condujo de forma tranquila todo el trayecto, con el pensamiento inmerso en la forma en que iba a abordar los nuevos acontecimientos. No le gustaba nada tener que echar mano de nadie para conseguir averiguar lo que necesitaba, pero la urgencia de la situación y las prisas del señor Vaccarezza,

no le dejaban otra opción. De todas formas, debería andarse con pies de plomo; nadie mejor que él sabía que a veces los detalles más insignificantes podían convertirse en problemas enormes y de difícil solución.

Aparcó a un par de calles y fue caminando hasta encontrarse frente a la fachada principal de la Comisaría. Respiró profundo y subió los pocos escalones que había entre la acera y la puerta.

Al entrar en comisaria todo el mundo se quedó mirando al hombre que vestía de forma tan elegante como el mismísimo alcalde de la ciudad. Se detuvo un momento en el hall de entrada y miró en derredor para ubicarse y localizar a quien iba buscando.

Al inicio de uno de los pasillos encontró el cartel con la indicación que buscaba: Subinspector D. M. Sanders. Gabriel se dirigió hacia el pasillo, mirando cada puerta hasta dar con la de su conocido. Tocó dos veces con decisión y esperó a oír la aprobación para que entrase.

—¡Caramba! ¿Qué haces tú aquí?—gritó el agente cuando vio entrar a Gabriel. Su tono fue entre alegría, sorpresa, miedo, preocupación. Un poco de todo a la vez.

—Buenas, David—saludó Gabriel con voz seca.

—Es curioso, pero siempre pensé que si algún día entrabas aquí sería esposado y a punta de pistola—una sonora carcajada se oyó por todo el pasillo y David se incorporó de su silla para estrechar la mano del visitante.

—¿Y serías tú ese hombre...?—Gabriel lanzó una mirada fija y penetrante acompañadas de una leve sonrisa que consiguió poner nervioso a policía y hacer que su rostro se tornase serio—. ¿Cuánto tiempo, no?

—Mucho. Años—asintió David—. Y bien, ¿qué te trae por comisaría? No creo que nadie haya osado robarte a ti...

—Necesito cierta información.

—Gabriel, sabes de sobra que no puedo darte información clasificada.

—No es nada importante, solo un nombre. Y sí puedes, otra cosa es que no debas.

—Cuando tú buscas un nombre, no suele ser para nada bueno, Gabriel...

—No empieces con lo de siempre. Que yo sepa, nunca se me ha acusado de nada, y mucho menos, culpado de todas esas habladurías sobre mí.

—De momento, Gabriel, de momento—David sacó su pitillera y le ofreció un cigarrillo—. ¿A quién buscas?

—A una mujer.

—¿Qué mujer?—David alargó su brazo con el encendedor y le dio fuego—. ¿Para qué?

—Me acabo de enterar que un viejo amigo ha desaparecido, y lo sé porque cierta mujer ha puesto una denuncia por desaparición—contestó aparentando naturalidad—. ¿Te suena?

—Puede... Ese amigo tuyo... ¿No trabajará por casualidad para el señor Vaccarezza, verdad?

—Es posible, lo cierto es que hace mucho que no veo a mi amigo.

—Bueno, ¿y cómo se llama ese amigo?

—Marco, Marco Baritto.

—No es mi caso, Gabriel, pero sí que he oído. Apostaría mi placa a que detrás de esa desaparición hay mucho más, ¿no?

—Solo quiero encontrar a mi amigo, y puede que esa mujer tenga las pistas necesarias para dar con él—contestó Gabriel con una sonrisa—. Estoy preocupado por él, no me gustaría que le ocurriese nada.

—Ten cuidado, Gabriel. Ese caso se lo ha quedado el inspector jefe, y eso solo significa una cosa: que va a por algo muy gordo.

—Puedes estar tranquilo, a mí solo me interesa mi amigo. Nadie sabrá que hemos estado hablando de eso.

—No quiero problemas, Gabriel—David encendió su ordenador y accedió al programa de la comisaría.

—No tendrás ni un solo problema.

—Bien—David consultó unas cuantas líneas de un informe—. Una tal Sonia denunció la desaparición de tu amigo. Según dice aquí, indicó que era su prometido.

—Entonces es la mujer que busco. ¿Apellido, dirección?

—Ojo, ¿eh?—David tomó una hoja de su bloc de notas y apuntó algo—. Yo no sé nada.

—Gracias—Gabriel cogió el papel y abandonó el despacho primero, y después la comisaría.

A la salida sacó su móvil y tecleó en el buscador el nombre de la chica. No quería esperar, era urgente dar con ella. Aparecieron varias personas con el mismo nombre, pero solo una era de la ciudad. Gabriel creyó haber dado con ella. Entró en su perfil de Facebook para obtener algo más de información, y ahí se llevó una sorpresa.

—Señor Vaccarezza, tengo novedades—dijo Gabriel cuando descolgaron al otro lado de la línea—. Ya he localizado a la chica, me dirijo a su casa a hacerle una visita. ¿Alguna sugerencia especial?

—...

—Así lo haré—contestó y colgó el teléfono.

Gabriel condujo con el pensamiento puesto en la chica y en cómo actuaría en cuanto la viera. Su percepción del asunto había cambiado hacia unos minutos y ya no estaba tan convencido de que la tal Sonia fuera la culpable del robo. Detuvo el coche unas calles antes del lugar que había escrito en el papel. Primero quería inspeccionar la zona y trazar un plan que fuese seguro.

Giró la esquina del edificio y se llevó nuevamente otra sorpresa. Todo el alrededor estaba rodeado por policías. los coches patrulla no permitían entrar ni salir a ningún vehículo de la calle donde se encontraba el edificio, y un bullir de hormigas azules iba de un lado a otro para impedir que los curiosos se acercasen. Gabriel se detuvo y se ocultó tras un hombre alto en cuanto vio al Inspector Jefe dando órdenes a unos y a otros. Un mal presagio, pensó Gabriel.

—¿Qué ha pasado?—se dirigió a una de las señoras que a su lado cotilleaban en voz alta.

—Ay, una desgracia, una desgracia—contestó una de las mujeres haciendo grandes aspavientos con los brazos—. Que han matado a una muchacha joven, pobre.

—¿Sí? ¡Qué desgracia!, ¿no?—Gabriel cada vez tenía peor presentimiento—. ¿La conocían?

—Nosotras no, pero nuestra amiga que vive en el edificio nos ha dicho que era la muchacha del primero, una chica muy simpática que estaba

estudiando. Pobre niña, con toda la vida por delante y algún malnacido le ha pegado un tiro y a saber qué más le ha hecho.

—¿No sabrán su nombre, por casualidad?

—Creo que han dicho que se llamaba Sonia, o algo parecido.

—Ah, vale. Gracias señoras—Gabriel se alejó de forma discreta de allí mientras llamaba por teléfono al señor Vaccarezza para decirle que iba a verle.

## 18. CAMBIO DE PLANES

—CÚENTAME, Gabriel, sin rodeos—le dijo el señor Vaccarezza nada más entrar por la puerta de su despacho.

—La chica que denunció la desaparición de Marco es ahora un fiambre más—afirmó Gabriel—. Me temo que se ha reunido con su prometido en el otro mundo.

—¿Muerta?—el señor Vaccarezza tenía el rostro contrariado por esa noticia—. ¿Y ahora qué, Gabriel? Ya no podemos interrogarla, ¿qué pasa con mi llave?

—Creo que sé quién la tiene de los tres del piso—dijo Gabriel seguro de sí mismo.

—¿Y a qué esperas para ir a recuperarla?—el tono del señor Vaccarezza empezó a subir de intensidad e ira.

—Usted dijo que se encargaría Enrico...

—No puedo permitirme ese lujo—su forma de hablar bajó en decibelios—. Soluciona esto ya, por favor.

—Enseguida. No se preocupe, señor Vaccarezza—Gabriel abandonó el despacho en dirección a la salida.

El primer destino de Gabriel por la mañana fue el piso compartido. A la hora que llegó debían estar trabajando todos. Todos menos Fabi. Gabriel sabía que a esas horas no tenía clases, y también sabía muy bien que le gustaba quedarse en casa para estudiar.

Subió despacio los escalones hasta llegar al último tramo antes de entrar al pasillo de la quinta planta. Ahí se detuvo un momento, comprobó que se encontraba solo y que no escuchaba nada ni a nadie, sacó su arma, comprobó que estaba cargada y le quitó el seguro. Después volvió a guardarla en su funda y entró a la planta en dirección a la puerta B.

\* \* \*

El timbre sonó sobresaltando la concentración de Fabi. No esperaba visita, pero pensó que podía ser algún paquete para Susana o uno más de

tantos vendedores que pasaban por allí un día sí y otro no. Se levantó de su silla y gritó un ya voy que hizo retumbar las paredes. Al llegar a la puerta miró por la mirilla y vio un hombre elegante, bastante guapo y que sonreía de forma algo extraña.

Fabi abrió la puerta y se encontró con un arma apuntándola directamente a los ojos. Aquel hombre comenzó a dar pasos hacia dentro haciendo que ella retrocediera de forma lenta.

—¿Qué quiere?—dijo con un hilo de voz mientras daba pasos hacia atrás—. Aquí no tenemos nada de valor, de verdad...

—No vengo a robar, Fabiola—contestó aquel hombre mientras seguía apuntándola con la pistola y la obligaba a dirigirse hacia el salón—. Vengo a por ti y a por algo que sé que tú tienes.

—¿Por qué sabes mi nombre?—Fabi comenzó a asustarse—. Yo no he hecho nada, yo no tengo nada, déjeme, por favor, déjeme.

—Déjate de cuentos—Gabriel seguía avanzando, pero ya no sonreía, su gesto era serio y no quitaba sus ojos de los de Fabi.

—Por favor...—musitaba la chica cuando estaba casi en el salón.

—Nada de lo que digas te va a...—Gabriel sintió un golpe fuerte en la mandíbula y notó como alguien se abalanzaba sobre él y lo estampaba contra la pared mientras le cogía el brazo en el que sostenía el arma. Vio a Fabi echar a correr por el pasillo a las espaldas de ellos.

Consiguió reaccionar y detener otro golpe de aquella persona. Lo reconoció. Era Martin. Por alguna razón estaba en casa a esas horas. Un fallo de cálculo, pensó Gabriel en milésimas de segundo antes de concentrarse en resolver la situación cuanto antes. Con un codazo en la barbilla y un empujón fuerte se deshizo de su agresor, que se golpeó con la espalda en la pared quedando dolorido y aturdido. Levantó el brazo, apuntó entre ceja y ceja y disparó.

El cuerpo sin vida de Martin se deslizó por la pared dejando un reguero de sangre y sesos hasta quedarse semisentado y apoyado en el suelo.

Con toda tranquilidad cerró la puerta y buscó la habitación de Fabi. Los

libros y apuntes le indicaron rápidamente cuál era. Se dio prisa en revolverlo todo buscando aquella dichosa llave, pero no tuvo fortuna, y tampoco disponía de mucho tiempo antes de que apareciese por allí la policía. Si algún vecino no había llamado ya, era cuestión de tiempo de que las pistas de la muerte de Sonia les llevaran hasta aquel piso.

Abandonó el edificio lo más rápido que pudo. Sabía que era un problema que la chica hubiera huido, pero no creía que costase demasiado encontrarla. Entre todos, era cuestión de tiempo, y estaba más que seguro de que no iría a la policía. Subió a su coche y cogió su teléfono.

—...

—Nico, es Fabi la que tiene la llave, tienes que ayudarme a encontrarla cuanto antes.

—...

—Sí, acabo de salir del piso. Ha huido gracias a su compañero de piso.

—...

—Muerto.

—...

—Informa al señor Vaccarezza, tenemos que dar con ella.

—...

—Nos vemos.

\* \* \*

Nico informó al señor Vaccarezza de los últimos acontecimientos y tal como le había ordenado este, salió a toda prisa de la casa y subió a su coche para ir a buscar también a la fugitiva. Su cara reflejaba preocupación, y nada más atravesar la verja de la entrada, el bolsillo de su pantalón comenzó a vibrar; apartó el coche en una parada de autobuses y cogió su teléfono. Era ella. Era Fabi.

—Hola, guapísima—dijo Nico intentando aparentar total normalidad, como si no supiese nada de todo lo que estaba pasando—. ¿Qué tal va todo?

—...

—Despacio, Fabi, despacio. Habla de forma tranquila o no me enteraré de nada. ¿Qué te ha pasado qué?—Nico fingió estar sorprendido por lo que le

estaba contando la chica.

—...

—Dime dónde estás y voy a recogerte. Seguro que todo tiene solución, ya lo verás...

—...

—Venga, voy en seguida—Nico sonreía mientras hablaba de forma seria y preocupada. No quería asustarla más y no poder encontrarla—. En cinco minutos llego, no te vayas a mover de ahí, ¿vale?

—...

Nico decidió solucionar él solo el asunto de la llave. No llamó ni al señor Vaccarezza ni a Gabriel y se dirigió hacia la pensión que Fabi le había indicado. Su plan era sencillo, recuperar aquella llave en primer lugar, y después ya decidiría qué hacer con la chica. No pensaba dejarle la gloria a Gabriel, como siempre.

Condujo a toda prisa por las calles de la ciudad hasta llegar a los aparcamientos de la pensión, detrás del edificio de la misma. Era una pequeña pensión a las afueras de la ciudad, muy cerca de la carretera principal desde la que se abandonaba la urbe. Un lugar muy tranquilo, sin mucha actividad alrededor, sin apenas otros negocios cerca y a donde solo iban quienes no querían ser descubiertos mientras hacían cosas que no debían. Y allí acababa de llegar Nicolai.

Tocó con suavidad a la puerta número siete y esperó. Al poco escuchó a alguien acercarse a la puerta pero sin decir nada.

—Soy yo. Soy Nico—dijo en voz baja Nicolai.

El pestillo sonó y se abrió un poco la puerta, por la que asomó parte de la cara de Fabi. Al ver que se trataba de Nico, la abrió por completo para dejarle entrar antes de cerrarla tras de sí y abalanzarse sobre él para abrazarlo con todas sus fuerzas. Después de unos segundos abrazados, Nico la cogió de la barbilla y la miró fijamente a los ojos.

—¿Estás bien?—preguntó con tono suave mientras la acompañaba

hasta el sofá.

—Pues no, no lo estoy. Han intentado matarme, y creo que ha matado a mi compañero de piso, creo que está muerto, ¡le ha disparado, Nico!

—Lo sé, Fabi—Nico se sentó a su lado en el sofá.

—¿Qué sabes?—Fabi preguntó perpleja—. ¿A qué te refieres?

—Tengo que contarte algo, pero quiero que te tranquilices y no tengas miedo, ¿vale?

—¿Qué pasa, Nico?

—Yo conozco a ese hombre, pero no iba a matarte, al menos de momento no—le contestó sin dejar de mirarla a los ojos—. Trabajo para el señor Vaccarezza. Quiere la llave.

—¿Llave? ¿Qué llave?—las palabras de Nico causaron el desconcierto en Fabi—. ¿Eres uno de ellos? ¿Has venido a matarme?

—He venido a salvarte, Fabi. Nadie sabe que estás aquí, ni tampoco que yo estoy aquí también. Dame la llave y acaba con esto antes de que sea demasiado tarde.

—No tengo ninguna llave, no sé de qué me hablas...—Fabi sollozaba entre lágrimas mientras miraba a Nico.

—No te servirá de nada negarlo, todas las pistas llevan a ti, y créeme, el hombre que viste en tu piso es el mejor y dará contigo tarde o temprano.

—Está bien—Fabi cortó en seco los sollozos y las lágrimas y puso un gesto tan serio que sorprendió incluso a Nico—. No entiendo cómo se me ha escapado un detalle así. No pensé que fueras uno de ellos, la verdad.

—¿Qué?—Nico creyó estar hablando con una persona totalmente diferente a la que conocía.

—Sí, yo tengo la llave, en eso estás en lo cierto. Enhorabuena. Pero no pienso dártela, Nico, así que tú decides si matarme o dejarme marchar.

—¿Marchar?—Nico gesticuló abriendo los brazos y frunciendo el ceño—. ¿A dónde? No podrás huir de la familia Vaccarezza. Tú sola no durarás mucho.

—¿Sola? Si estuviera sola no habría podido conseguir la llave—le contestó en cierto tono chulesco.

—Fabi... tu amiga está muerta... la mataron la pasada madrugada. Estás sola, así que recapacita, por favor.

—¿Cómo...?—su rostro esta vez sí reflejó miedo—. ¡Mierda! ¡Hijos de puta!

—¡Fabi! ¡La llave!—gritó Nico para que se callara y le hiciese caso.

—Escúchame, Nico...—Fabi se acercó a él y le habló despacio y bajo—. Seguro que tú puedes conseguir la clave de acceso a la llave... La información que contiene vale mucho dinero... el suficiente como para no tener que preocuparnos por nada más el resto de nuestras vidas... Ayúdame, Nico...

—¿Estás loca o qué? —Nico calló el hecho de conocer la contraseña—. No tienes ni remota idea de lo que es capaz el señor Vaccarezza. No tardaríamos en ser fiambres. Dame la llave y quizás aún pueda hacer algo por ti. ¿Acaso no aprecias tu vida? Esto no es un juego, Fabi...

—¿Y si le propongo un trato al señor Vaccarezza?—soltó de repente Fabi.

—¿Un trato?

—Sí, mi vida y un cuarto de millón a cambio de la llave.

—¿Y qué te hace pensar que va aceptar? Sería cuestión de tiempo que te encontrase, acabase contigo y recuperase la llave ahora que sabe quién la tiene, ¿no te parece?

—Porque podría entregársela a la policía.

—Y yo podría matarte ahora mismo y se acabaría el problema, ¿no te parece?

—Podrías...pero no lo harás... Además, quién te dice que no me he encargado ya de que llegue a la poli en caso de que a mí me pase algo o desaparezca...

—No te creo...

—Nico... piénsalo.. Si tú eres el intermediario del trato no me pasará nada, y seguro que se te ocurre algo para conseguir ser tú quién haga el intercambio... ¿Qué me dices..?

—No creo que sea una buena idea...

—Lo es, y lo sabes.

Fabi y Nico se quedaron en silencio, mirándose fijamente a los ojos.

## 19. EL TRATO

—BUENOS días—Fabi saludó sonriente al guarda de la entrada—. Vengo a ver al señor Vaccarezza.

—Buenos días, contestó el guarda—. ¿Tiene cita concertada con él?

—No, pero seguro que me recibe encantada.

—Espere un segundo, señorita—cogió el teléfono y esperó que respondieran—. Buenos días, señor Vaccarezza. Perdona que le moleste, hay aquí una chica que dice que viene a verle. Sí. ¿Cuál es su nombre, señorita?

—Soy Fabi.

—Se llama Fabi, señor. De acuerdo—el guarda colgó el teléfono y se dirigió nuevamente a Fabi—. Puede pasar, señorita.

—Muchas gracias.

Fabi pasó al interior de la finca, caminando de forma pausada y sin

prisas, prestando atención al camino adoquinado, a los árboles que lo flanqueaban, a los jardines de flores y el verde césped que lo cubría todo. Finalmente llegó a la gran casa. Allí le esperaba un mayordomo que la saludó de forma gentil y le indicó que lo siguiera.

Subieron las hermosas escaleras de mármol hasta llegar a las enormes puertas del despacho. El mayordomo las abrió a la vez y se apartó para que Fabi pasara. La chica avanzó sin quitar la vista del hombre sentado tras la mesa. A ambos lados y de pie, había tres hombres más y que reconoció enseguida, aunque solo saludó a uno moviendo ligeramente la cabeza.

—Buenos días, señor Vaccarezza—dijo mientras se sentaba en uno de los sillones frente a la mesa—Soy Fabi, aunque he de suponer que ya me conoce.

—Buenos días, Fabi—le respondió de forma seca el señor Vaccarezza—. Ya conoces a Enrico, y estos son Nico y Gabriel.

—Sí, a su hijo ya lo conozco muy bien, y es encantador, la verdad—sonrió a Rico y después se puso serio al mirar a Gabriel—. La cara de este también me suena, pero no puedo decir que sea encantador...

—Reconozco que tienes un buen par de ovarios para venir hasta aquí...—le respondió Gabriel con una media sonrisa.

—Dejaos de tonterías de una vez—el señor Vaccarezza tomó la palabra y se dirigió de nuevo a la chica—. Quiero la llave, y la quiero ya. ¿Qué es lo que pretendías? ¿Por qué?

—Fue una casualidad, la verdad. Me enteré de lo de la llave, investigué un poco sobre la familia y vi mi oportunidad. ¿Que por qué? Pues por dinero, simple y puro dinero.

—¿Y por qué estás tan segura de que te voy a pagar por algo que es mío?—el tono del señor Vaccarezza era amenazante—. ¿Qué te hace pensar que saldrás con vida de esta habitación?

—El haberme asegurado de que si no vuelvo pronto, la llave irá a parar a las manos adecuadas, y créame, no son las tuyas...

—No eres una chica muy lista, pero estás jugando muy bien...—el señor Vaccarezza estaba en aprietos por una simple muchacha—. ¿Cuánto quieres?

—Un cuarto de millón y que me dejen en paz para siempre. No volverá

a saber de mí jamás.

—¿Solo eso?—el viejo estaba pensativo—. Me parece poco dinero, la verdad.

—No necesito más.

—Está bien, acepto tus condiciones, zanjaremos este asunto de una vez por todas.

—Buena elección, señor Vaccarezza—Fabi se levantó del sillón—. Le llamaré para decirle el lugar y la hora para la transacción. ¿Qué hombre de su confianza enviará? Confío en su palabra para cumplir el trato.

—Yo siempre cumplo mi palabra—elevó su tono de voz para decirlo—. Estás ante mis tres personas de confianza. Elige tú.

—Bien...—Fabi echó un vistazo rápido a los tres y señaló a Nico—. Él. Paso de ver al asesino, y Rico me cae muy bien y seguro que tiene mejores cosas que hacer, así que se encargue el calvito...

—Muy bien, Nico será el que te lleve el dinero y me traiga la llave—miró a Nico primero y después a Fabi.

—Genial. Nos vemos—Fabi se giró y abandonó el despacho con total tranquilidad.

\* \* \*

Gabriel observó con detenimiento cómo la chica salía por la puerta. De nuevo la veía irse ante sus ojos sin poder hacer nada. En cierto modo, sentía que había fracasado una vez tras otra en aquel encargo que le habían hecho, siempre fue por detrás de los acontecimientos.

—¿Dejará que se vaya?—preguntó Gabriel dirigiéndose al señor Vaccarezza.

—Así es—respondió secamente—. Me parece una oportunista que solo busca dinero, y la cantidad que ha pedido me parece insignificante, por lo que prefiero zanjar el asunto aquí antes de que todo esto siga complicándose. Ya hay demasiados cadáveres.

—Pero señor...

—No, Gabriel, se terminó—reafirmó el señor Vaccarezza a la vez que sacaba un sobre del cajón y lo ponía sobre la mesa—. Nico hará el

intercambio y listo. Te agradezco tus servicios, como siempre. Aquí tienes lo convenido.

—De acuerdo, señor Vaccarezza—contestó Gabriel cogiendo el sobre y guardándolo en su chaqueta—. Siempre es un placer ayudarle.

—Lo mismo digo—el viejo estrechó su mano.

—Hasta otra—se despidió también de Nico con otro apretón de manos y salió del despacho.

Gabriel subió a su coche y antes de ponerlo en marcha se quedó pensativo, con la mirada perdida en el retrovisor pero sin prestar atención a lo que veían sus ojos. Demasiados pensamientos pasaban por su cabeza, y la sensación agrídulce que se llevaba lo desasosegaba. Aquella mocosa se había salido con la suya y él se sentía el perdedor, pero así eran las cosas, y tocaba volver a casa.

\* \* \*

—Padre, yo...—balbuceó Rico antes de que su padre le cortase.

—Tu trabajo ha terminado, Enrico—dijo el señor Vaccarezza antes de dejarle continuar hablando—. Ve al piso a por tus cosas. Te acompañarán los limpiadores. Deja una nota para tus ex-compañeros y te largas de allí cuanto antes.

—Pobre Susana, se queda sola—Rico parecía incluso triste.

—Puede quedarse en ese piso todo el tiempo que quiera, ni la vamos a echar ni se lo vamos a subir. Le diré a Sánchez que le diga que puede buscar nuevos compañeros—el señor Vaccarezza solo deseaba zanjar aquel asunto.

—De acuerdo, padre. Me voy ya—Rico se despidió de su padre y de Nico al pasar junto a él—. Nos vemos, Nico. Suerte.

—Gracias, chaval—le contestó acompañado una gran sonrisa.

Se quedaron a solas El señor Vaccarezza y Nicolai.

—Nico...—el señor Vaccarezza reclamó la atención de Nicolai tras unos largos segundos de meditación.

—Dígame, señor Vaccarezza.

—Tráeme esa llave de una vez. Eres mi hombre de confianza y sé que

no me fallarás. En cuanto llame te aviso, ya he dado orden de que preparen el maletín con el dinero—hizo una nueva pausa—. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Lo sé, y no le fallaré, puede estar tranquilo.

## **20. EL INTERCAMBIO**

NICO estaba fumando en el porche de la casa, con la vista perdida en ninguna parte y miles de pensamientos rondando su cabeza, cuando el mayordomo abrió la puerta para comunicarle que el señor Vaccarezza había dicho que ya estaba todo preparado. Nico asintió con la cabeza, dio una última calada y tiró el cigarrillo antes de entrar.

La puerta del despacho estaba abierta de par en par, la mujer del

servicio estaba de limpieza, y el señor Vaccarezza hablaba por teléfono. Con un gesto de su mano indicó a Nico que el maletín de encima de la mesa era lo que tenía que llevarse.

Nico se acercó y vio un teléfono sobre el maletín de piel. Cogió ambos y se marchó de allí en busca de su coche. Allí esperó la llamada, una llamada que no tardó en sonar.

—Dígame—dijo Nico nada más aceptar la llamada.

—...

—De acuerdo, allí estaré. Seré puntual.

La llamada acabó, Nico arrancó su coche y abandonó la finca en dirección al lugar que Fabi le había dicho. A mitad de trayecto su móvil personal comenzó a sonar. Pensó que sería el señor Vaccarezza, pero se dio cuenta de que en la pantalla aparecía el nombre de Aloibaf y apartó el coche para responder la llamada.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—...

—Muy lista, sí señor, muy lista—Nico sonrió—. No has dejado nada al azar, por lo que veo. No tardaré en llegar.

Nico dio un volantazo en dirección contraria. Fabi había cambiado el lugar del encuentro al otro extremo de la ciudad, en concreto a la pensión en la que se habían visto hacía apenas un día. Había jugado muy bien la baza de conocer a Nico y que nadie supiese que se conocían. La habitación era la misma y Nico habría jurado que en el aparcamiento estaban los mismos coches que el día anterior, salvo un vehículo que llamó su atención: una magnífica Harley en negro y plata que brillaba con luz propia.

—Algún día me tengo que comprar una de estas—se dijo para sí mismo en voz alta mientras estacionaba al lado de la moto y bajaba del coche con el maletín bien asido.

Nico miró bien por todos lados para cerciorarse de que no había nada

fuera de lo normal. No había ni un alma por la calle y el silencio reinaba por todo el lugar. Tocó a la puerta y a los pocos segundos Fabi abrió para dejarle entrar.

—Tan puntual como siempre—le dijo Fabi con una gran sonrisa.

—Ya me conoces—le contestó Nico con una mirada tan profunda que sorprendió incluso a Fabi.

—Será o que pedí, imagino...—la chica miraba atenta el maletín que Nico llevaba en la mano.

—Así es. Imagino que tendrás la llave, ¿verdad?

—Claro—Fabi tiró de la cadena que llevaba al cuello y de su escote sacó la llave para enseñársela a Nico—. En verdad es bonita, y para no abrir ninguna puerta, es muy, muy valiosa, ¿eh?

—Te felicito, la jugada te ha salido muy bien, al final tendrás lo que buscabas.

—Ese era el plan, llevarme pasta de una forma u otra: o que el dueño de la llave pagase por recuperarla, o conseguir la clave y venderla a la competencia...—una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

—¿Y cómo pensabas averiguar la clave, si puede saberse?—Nico sentía curiosidad por los planes que la misteriosa mente de aquella chica había urdido.

—Porque sé que iba en un anillo de pedida, y en el peor de los casos solo tendría que haber esperado a que la alegre novia hubiera venido corriendo a enseñármelo...

—Es que es para enamorarse de ti... Yo vi ese anillo, y la frase grabada era muy romántica—Nico dejó el maletín en el sofá y comenzó a aplaudir.

—¿Sabes la clave? ¿En serio? ¿Y no me lo dices?

—Te la digo ahora. En el anillo ponía en tu sonrisa hallé el amor...

—Nico... vente conmigo, cojamos el dinero y la llave y perdámonos por el mundo. Hay dinero de sobra, y la llave siempre será la garantía para que no nos pase nada... ¿Qué me dices?—Fabi lo miraba directamente a los ojos esperando adivinar primero en ellos, la respuesta.

—Una oferta muy tentadora...—Nico comenzó a sonreír, y Fabi dio dos pasos hacia él, hasta que este sacó su pistola y la dirigió hacia ella—. Pero le debo lealtad al señor Vaccarezza, y no podemos dejar que una simple niña ponga en peligro a toda la familia. Lo siento mucho, Fabi.

—¿Qué?—Fabi se detuvo en seco retrocedió un par de pasos—. ¿Estás de coña o qué?

—Me temo que no—Nico se puso aún más serio—. De verdad que lo siento...

—¡Y una mierda lo sientes, cabrón!—la ira de Fabi le estaba ganando la batalla al miedo—. En serio... ¿me vas a traicionar? ¿Así? ¿De esta forma tan rastrera?

—Es mi trabajo, soy así.

—Puedes cambiar, Nico, no tienes por qué ser así—Fabi intentaba convencerle, pero algo le decía que no la tenía todas consigo y que en segundos apretaría el gatillo—. Deja todo esto y vente conmigo...

—No puede ser—Nico elevó un poco el arma y apuntó a la cabeza de Fabi—. Adiós, preciosa...

Sonó como un silbido primero y después como cuando alguien tira un petardo. Fue rápido, muy rápido, el cuerpo cayó al suelo por la gravedad mientras la vida se le escapaba de golpe. No tuvo tiempo de reaccionar, la bala se incrustó en su cabeza sin darle tiempo ni a recorrer su vida en imágenes. Se había acabado todo para él.

—¡Joder! ¡Por qué poco!—gritó Fabi aún con el susto en el cuerpo.

—Te lo dije. No te podías fiar de él.

—¿Y yo qué iba a saber? Pensé que era diferente a los demás hombres. Yo no los conozco tan bien como tú...

—Qué graciosa... Guarda la llave, coge el maletín y larguémonos de aquí cuanto antes—Susana se acercó a Fabi y cogió su cara con las manos para que le prestase la máxima atención—. Hoy comienza nuestra nueva vida...

—De acuerdo. Tú coge su documentación y su móvil para tirarlos lejos de aquí; cuanto más tarden en saber qué ha pasado, más tiempo que ganamos para desaparecer—Fabi besó a Susana con tanta pasión que parecían querer quedarse allí un rato más.

—Venga, vámonos, ya tendremos tiempo de sobra para esto...—Susana sonrió picarona, y ambas se dispusieron a hacer lo que habían dicho.

Se asomaron a la puerta con sigilo. No se veía a nadie por el lugar, tenían vía

libre. Salieron de la habitación y cerraron la puerta tras de sí. Habían pagado una semana entera, por lo que hasta pasados siete días no encontrarían el cadáver de Nico, y por tanto hasta entonces el señor Vaccarezza no sabría ni cuándo ni por dónde comenzar la cacería.

En un petate lo llevaban todo. Susana se lo echó a la espalda y subió a la moto después de Fabi. El ronroneo de la moto al arrancar les sacó una mirada de complicidad y una gran sonrisa antes de que Fabi metiera la marcha y echaran a rodar carretera adelante, sin destino fijo y con el futuro por delante.

## **EPÍLOGO**

El subinspector jefe abandonó la casa del señor Vaccarezza con más dudas que respuestas. Lo notó muy contrariado y afectado nada más

comunicarle que habían encontrado a uno de sus hombres muerto, y que se trataba de Nicolai. Cuando le dijo que al menos llevaba muerto una semana, su rostro se transformó en la misma imagen de la ira; tanto que el policía prefirió no seguir haciendo preguntas por el momento.

En su camino hacia el exterior se cruzó con Enrico, al que su padre había reclamado con urgencia.

—He venido lo más rápido posible. ¿Qué ocurre, padre? ¿A qué ha venido la policía?

—Han encontrado a Nico. Fiambre.

—¿Qué?—Rico entró en shock—. ¿Cómo? ¿Quién ha sido?

—La misma persona que se llevó el dinero y la llave.

—Entonces... Nico no nos traicionó...

—No, Enrico, no lo hizo—un gesto de tristeza afloró en el rostro del señor Vaccarezza—. Quiero que llames a Gabriel...

**FIN**